



**Mario
Levrero**

El lugar

Lectulandia

Un hombre se despierta en una habitación desconocida. Se halla acostado sobre el suelo, a oscuras, vestido con ropa de calle. De pronto, descubre alarmado que ignora cómo llegó hasta ese sitio. Pese a tratar de recordar, no puede. Su mente comienza a barajar una serie de hipótesis sin encontrar ninguna que se ajuste a la lógica de su situación. Entonces decide investigar. Tras examinar el sitio en donde está, sale de él y entra en otra habitación similar a la primera.

Lectulandia

Mario Levrero

El lugar

Trilogía involuntaria - 2

ePub r1.0

Untipo 08.07.13

El lugar
Mario Levrero, 1982
Retoque de portada: Untipo

Editor digital: Untipo
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo con disculpas

Si algún sentido puede tener un prólogo, género que personalmente aborrezco, quizá sea el de servir de presentación en una lengua o un país a un autor desconocido. Solamente en ese caso puede estar justificado en mi opinión que un tercero en discordia se entrometa entre el autor y sus lectores para tratar de explicar a éstos lo que van a leer a continuación.

Así que no caeré en tal injerencia y me limitaré a presentarles a Mario Levrero, autor de este libro y del que yo tampoco sabía nada hasta hace poco, cuando, por sugerencia de Marcial Souto, su editor en Uruguay y Argentina y ahora aquí, lo leí junto con *La ciudad*, su primera y única novela editada antes de ésta en España, con prólogo de Antonio Muñoz Molina. «Como en las fábulas de Kafka —escribía éste en su prólogo—, en *La ciudad* apenas hay asideros espaciales o temporales que delimiten la historia, y su narrador, su dudoso protagonista, que no tiene nombre, se mueve por una geografía despojada de ellos, de modo que es una sorpresa, y casi una revelación, que muy cerca del final se aluda a un punto de destino localizable en los mapas: Montevideo». Lo cual, aparte de la sorpresa, no tiene nada de extraño habida cuenta de que Montevideo es la ciudad en la que Mario Levrero vio la luz por vez primera hace ya 60 años y en la que continúa mirándola (poco, pues, según parece ser, acostumbra a escribir de noche y a dormir durante el día) tras un largo periplo personal y literario.

Al lector, como a mí, le interesará saber que Jorge Mario Varlotta Levrero, que tal es su verdadero nombre, aunque lo haya escindido en dos: Mario Levrero para el escritor y Jorge Varlotta para el ciudadano, aparte de haber usado, como Pessoa, numerosos heterónimos según sus distintas actividades, es un personaje extraño que ha alternado en su vida y en su obra los oficios y registros más dispares. Así, por ejemplo, en la vida real, Varlotta/Levrero ha sido humorista, creador de crucigramas, redactor de revistas médicas, cineasta, oficinista y hasta librero de viejo; diversidad que ha llevado a su otra vida, la de escritor, en la que ha cultivado géneros tan dispares como la parapsicología, el cuento, la novela o el ensayo. En una entrevista imaginaria que Levrero se hizo a sí mismo (él, que no suele concederlas y que reniega de ellas tanto como el autor de este prólogo) decía: «Hay dos tipos de entrevistas: las periodísticas y las académicas. Las primeras buscan lo novedoso, lo llamativo, algún detalle que pueda llamar la atención del lector común; sería mucho más interesante para ellas si, en vez de escribir, yo hubiera por ejemplo cometido algún asesinato. Las segundas tienen interés en que yo me sitúe exactamente en una

especie de diagrama histórico-sociológico, como si ése fuera un trabajo mío y no del entrevistador». Y manifestaba: «La cuestión es dar a través de imágenes, a su vez representadas por palabras, una idea de esa experiencia íntima para la cual no existe un lenguaje preciso». Una experiencia íntima que, en el caso de Levrero, está directamente relacionada con el mundo de los sueños («En ellos, uno se vuelve sensible a cosas que habitualmente están cerradas por la conciencia») y con una visión del mundo tan escéptica como desesperanzada: «No conozco ninguna verdad; creo que el mundo debería estarme agradecido por haber abandonado hace muchísimos años toda pretensión de mejorarlo», confesaba Levrero en la citada autoentrevista después de reconocer también que aborrece los catálogos, las interpretaciones y los análisis.

El lugar responde a todos esos principios (o finales, ¿quién lo sabe?) y trasluce al mismo tiempo las referencias constantes en la vida y en la obra de su autor: el humor, la fantasía, un asfixiante clima kafkiano y esa especie de mueca permanente, como de extraña inexpresividad, que obliga a pensar en Keaton y en cierto tipo de cine mudo, del que Mario Levrero confiesa ser devoto. Si, a todo eso, se añaden unas gotas de acidez, las huellas de Freud y de Richard Lester, el aroma del mejor Chandler, la tristeza de Gardel y de los tangos, la inquietud de los insomnes y la imperturbabilidad de Onetti, uno tendrá, aproximado, el retrato de este libro y de su autor, aunque seguramente no le servirá de nada. De la literatura lo único que sirve finalmente es la lectura y ésta es distinta en cada lector. Así que pido disculpas por demorarla con este prólogo que, como dije al principio, no pretendía ser otra cosa que una presentación: la de un autor que me ha sorprendido como hacía mucho tiempo ya que no me ocurría.

JULIO LLAMAZARES
Madrid, marzo del año 2000

Primera parte

En la oscuridad total, mis ojos buscaron una referencia y se volvieron a cerrar, sin haber encontrado las rayas horizontales, paralelas, que habitualmente dibujaba la luz eléctrica de la calle, o el sol, al filtrarse por entre las tablillas de la persiana. No me podía despertar; y aunque no recuerdo ninguna imagen, ningún sueño, pienso en mí mismo, ahora, como en un ser que vagaba sin rumbo, con los brazos colgando flojos, sepultado en el fondo de una materia densa y oscura, sin ansiedad, sin identidad, sin pensamientos.

Mucho más tarde, la orden de despertar; y el ser comenzaba a moverse con un asomo de inquietud, como si buscara una salida que no conocía o que no recordaba.

La orden se hacía más apremiante, y con ella la comprensión de la necesidad imperiosa de salir; y hallaba el camino, hacia arriba, hacia una anhelada superficie. La materia tenía varias capas, que se hacían menos densas a medida que ascendía, y la velocidad de mi ascenso se aceleraba progresivamente. Me proyectaba en forma oblicua hacia la superficie; y, por fin, como un nadador que saca la cabeza fuera del agua y respira una ansiosa bocanada de aire, desperté con un profundo suspiro.

Fue entonces cuando mis ojos se abrieron y, desconcertados, volvieron a cerrarse. Mi sueño se hizo luego más liviano, hasta que volví a despertar, con una lucidez mayor.

Advertí varias cosas: que hacía frío, que ese lugar no era mi dormitorio, que estaba acostado sobre un piso de madera sin colchón ni cobijas, en una oscuridad total; y que tenía puesta la ropa de calle.

La lucha contra la pereza fue en esta ocasión necesariamente más breve que de costumbre; la incomodidad del piso desnudo no lo permitía. Me incorporé, gruñendo malhumorado, y mi queja fue acompañada por crujidos de las articulaciones. Me froté brazos y piernas y tosí; los bronquios silbaban al respirar el aire húmedo, y me dolía la garganta.

Mientras buscaba a tientas algún elemento conocido, se me plantearon las preguntas de rigor: dónde estaba, cómo había llegado allí. En realidad esta segunda pregunta tardó un poco más en formularse; aún no había aceptado el hecho de hallarme en un lugar no previsto, y forzaba la memoria, buscando entre las últimas imágenes de mi vigilia, con la certeza de que pronto todo habría de ajustarse con una

explicación sencilla: la borrachera en una fiesta, la tormenta que me había sorprendido en una casa ajena, la aventura inusual que me había llevado a dormir fuera de casa. Alguna vez, aunque no con frecuencia, me había sucedido despertar sin comprender dónde me hallaba; pero era suficiente reconocer la moldura del respaldo de la cama, o el color de una cortina, para hacerme enseguida una composición de lugar, para despertar súbitamente toda la memoria última. En este caso no había ningún elemento desencadenante, y la misma carencia de elementos no tenía para mí ninguna significación.

Mi memoria se había detenido, empecinada, en un hecho trivial; y se negaba a ir más allá: una tarde soleada, otoñal, y yo que cruzaba la calle en dirección a una parada de ómnibus; había comprado cigarrillos en un kiosco, y daba algunas pitadas al último de un paquete que acababa de tirar a la calle hecho una bola; llegaba a la esquina y me recostaba contra una pared gris. Había otras personas, dos o tres, esperando también el ómnibus. Pensaba que esa noche Ana y yo iríamos al cine. En este punto se detenían los recuerdos.

Mis manos encontraron ahora una pared, y pegado a ella comencé a recorrer lentamente la habitación buscando una ventana o una llave de luz. Era una pared áspera, pintada quizá a la cal.

Llegué a un rincón sin haber hallado nada; seguí mi búsqueda a lo largo de la nueva pared, y luego de cierto trecho mis dedos reconocieron el marco de madera de una puerta, luego la puerta misma, y finalmente su picaporte.

No intenté abrir de inmediato; me tranquilizó saber que había una salida, pero se me creó la inquietud de no saber si era procedente que yo la utilizara; pensaba en gente durmiendo, o en alguna actividad que mi presencia pudiera molestar; o que, por algún motivo, no me conviniera ser visto allí: apelé de nuevo a la memoria, pero no obtuve el menor indicio de dónde estaba, ni de por qué estaba allí. Me sentí al borde de un ataque de nervios. Traté de controlarme. Tal vez podría haber resistido un tiempo más, permitiéndome seguir rebuscando en la memoria; pero tenía necesidades físicas urgentes: hambre, frío, ganas de orinar, y mis huesos necesitaban reposar sobre algo blando. También tenía ganas de fumar, y el paquete, presumiblemente el mismo comprado en el kiosco, estaba intacto en el bolsillo del saco; lo abrí y saqué un cigarrillo que llevé a los labios, pero luego me fue imposible encontrar el encendedor. Bruscamente tomé el picaporte y lo hice girar; en primer término empujé la hoja de la puerta hacia afuera, luego tiré de ella hacia mí, pero en ninguno de los casos obtuve resultados.

Acerqué un ojo a la cerradura; no logré ver nada. Comencé a sentir un miedo muy intenso. Probé nuevamente el picaporte, sacudí la puerta. La golpeé con los puños y con los pies; no sucedió nada.

Escuché cómo, fuera de mi voluntad, un sonido quejoso escapaba de mi garganta.

Con los puños y la mandíbula apretados, y un temblor que me recorría el cuerpo, proseguí entonces mi recorrido, adosado a la pared, arrastrando los pies, extendiendo los brazos.

Llegué a otro rincón y la nueva pared se presentó al tacto de mis dedos tan desnuda como el resto conocido de la pieza.

Mi memoria seguía trabajando por su cuenta; me presentó más detalles de su último registro; la cara del hombre del kiosco, sus bigotes caídos, su mirada azul aguachenta; un árbol próximo a la esquina, con brillos dorados en las hojas secas, y la hoja que caía, recién desprendida de la rama, mientras yo cruzaba la calle; el número exacto de las personas que esperaban el ómnibus en la parada: eran tres, dos mujeres (una con tapado marrón, la otra con saco rojo, ambas de espaldas) y un hombre pequeño, recostado contra el árbol, un pie apoyado en el suelo y el otro en el árbol.

Llegué a un nuevo rincón de la pieza y muy cerca de él, al parecer enfrente de la otra, hallé una nueva puerta. Las manos me temblaban al hacer girar el pomo: empujé la hoja y esta vez sí, la puerta se abrió.

Me encontré ante una nueva oscuridad.

Luego, hasta donde me era dado conocerlo, comprobé que esa habitación repetía exactamente a la anterior. La misma oscuridad, el mismo frío, las mismas dimensiones; igual en su desnudez y mutismo.

Cuando hallé, justo enfrente a la puerta que había usado para entrar, una nueva puerta que abría a una tercera pieza oscura, el desconcierto y el miedo me dominaron ya sin ningún disimulo.

Estaba parado junto a la nueva puerta abierta, y me derrumbé. Me dejé caer al suelo y el torbellino mental se desató incontrolable. No puedo calcular cuánto tiempo estuve tirado allí, ovillado, sollozando, todo el cuerpo recorrido por un temblor constante.

No buscaba, ya, comprender ni recordar; sólo anhelaba un refugio, un lugar cómodo y abrigado donde permanecer, tapado con mantas, entregado al sueño o a la locura. Pero las condiciones eran realmente crueles, y como mi mente resistió hasta el final el largo estallido, el agotamiento nervioso se tradujo en tranquilidad, o más bien insensibilidad, y resolví seguir moviéndome. No tenía otra elección. De haberla tenido, habría optado por la otra, cualquiera que fuese. Pero así, presionado por las urgencias físicas, no pude hacer otra cosa que incorporarme, sacudirme el polvo de la ropa, y proponerme a mí mismo algunas palabras de consuelo y esperanza. Al mismo tiempo traté de contener las preguntas que seguían bullendo, diciéndome que ya encontraría, a su tiempo, una respuesta para todo.

Me dediqué a examinar la nueva pieza con el mismo cuidado que las anteriores. Hice un alto para orinar contra la pared, en un rincón. El alivio de la necesidad, y por otro lado su formulación agresiva, hicieron que me sintiera mejor.

Había perdido, sin darme cuenta, el cigarrillo sin encender que llevaba en los labios; extraje otro y lo mantuve en un costado de la boca. Mecánicamente mi mano buscó otra vez el encendedor en los bolsillos, sin éxito, y al mismo tiempo noté que además me faltaba el reloj; pero en el bolsillo interior del saco estaba aún la billetera con los documentos y, aparentemente, todo mi dinero.

Ahora me movía con mayor facilidad, y pude calcular que la habitación era cuadrada, o casi cuadrada, y que tendría algo más de tres metros de lado. Allí tampoco hallé ventanas, ni llaves de luz, ni muebles; sólo la puerta por la que había

entrado y otra, enfrente, por la que debería salir.

Pasé, entonces, a una cuarta pieza, y a una quinta, y a una sexta... y así hasta perder la cuenta. Afortunadamente conservaba esa calma insensible conseguida después del estallido; continué actuando con método, como si se tratara de un trabajo de rutina que no tuviera nada que ver conmigo. Sentía desfilar distintas emociones, que examinaba y dejaba pasar sin que mi mente interviniera en mayor grado. Tuve un debilitamiento cuando apareció la imagen de Ana; allí se me hizo más difícil mantener el control; pero, de alguna manera, comprendí que estaba haciendo lo único posible y que cualquier debilidad podría llevarme, justamente, a perder a Ana en forma definitiva. Me las arreglé de manera que su imagen permaneciera presente pero sin cargarme de ansiedad. Pensaba que en cualquier momento podría romperse este equilibrio; ese lugar parecía extenderse sin fin, y el hambre y las ganas de fumar me seguían escarbando; también pensé que si encontraba una última puerta, cerrada, sería el fin de mi razón.

No tengo idea del número de piezas oscuras ni tampoco del tiempo que me llevó recorrerlas; tengo la impresión de que no fueron menos de diez, ni más de veinte, y que transcurrieron varias horas, por lo menos tres o cuatro; pero no puedo ser más preciso, y quizá esté muy lejos de lo cierto.

Me movía cada vez con mayor soltura, aunque sin perder el miedo a toparme con algo; esta combinación me hacía efectuar una nueva clase de movimientos, de elasticidad controlada, como los de un bailarín. Y la actividad física me hizo entrar en calor y pude así descartar uno de los inconvenientes del lugar. El cigarrillo se humedecía en mis labios y periódicamente debía tirarlo y sustituirlo por otro; era el hambre, que me llenaba la boca de saliva.

En una de las piezas hice un descubrimiento descorazonador. Al entrar, y por distracción o por un movimiento reflejo, cerré la puerta a mis espaldas. Tuve de inmediato el íntimo convencimiento de que había cometido un error, y traté de abrirla. Me fue imposible.

Cuando salí de esa pieza repetí la acción en forma consciente; tampoco pude, esta vez, volver a abrirla. Saqué la obvia conclusión de que había un mecanismo que permitía avanzar sólo en la dirección que yo llevaba; y aunque no tuviera el menor interés en retroceder, me aterrorizó la idea de no poder hacerlo, llegado el caso. En adelante, tuve buen cuidado de no cerrar ninguna puerta; pero, de todos modos, estaban aquellas dos, que había cerrado, y sentí como si hubiese perdido algo valioso.

La insensibilidad dejó paso a algo distinto; mis movimientos exteriores quizá no hayan variado, pero fui invadido por un cansancio teñido de tristeza, o melancolía, y predominaba un adormecimiento, como si me hubiesen anestesiado. La insensibilidad anterior era más sana. No me gustó mi nuevo estado de ánimo, e imaginé que pronto habría de sentirme muy mal, y que modificaría mi conducta.

Por fortuna, se produjo una variante en la situación: al entrar en una pieza vi, de inmediato, que por debajo de la puerta de enfrente (las que ya había comenzado a llamar «de salida», cuando estaba dentro de la pieza, y «de entrada» apenas pasaba a la siguiente) se filtraba una delgada y débil raya de luz.

3

La timidez me volvió a frenar, y en lugar de precipitarme en la habitación golpeé la puerta con los nudillos. Del otro lado se hizo oír un ruido breve, como si alguien apartara una silla o se levantara de ella bruscamente. Aguardé unos instantes, y al no obtener respuesta repetí el llamado.

Ahora, unos pasos pesados y vacilantes se dirigieron hacia la puerta y allí se detuvieron; escuché una respiración un tanto asmática o nerviosa. Pasaron algunos minutos sin que el desconocido mostrara otra intención que la de permanecer allí respirando ruidosamente.

Consideré que mi cortesía había sido excesiva. Abrí la puerta unos centímetros y miré hacia el interior de la pieza. Una lamparita eléctrica, desnuda y de escaso poder, colgada de su cable desde el centro del techo, iluminaba un recinto que parecía tener las mismas dimensiones de las piezas oscuras; pero contaba con una serie de elementos; en el estrecho campo visual había una mesa pequeña, de cocina, con dos o tres platos y algunos utensilios, junto a la pared de enfrente; observé que en los platos había comida, y la boca se me llenó de saliva una vez más.

El ambiente era más cálido gracias a una estufa de queroseno, de formato antiguo, que vi luego próxima a una mecedora, en el centro de la habitación, debajo de la lamparita eléctrica. Por encima de la mesa, y contra la pared, había una estantería rectangular, con una cortina verdosa que impedía ver su contenido.

Empujé un poco más la hoja de la puerta; la persona que había estado parada allí todo el tiempo se vio obligada a retroceder un par de pasos al chocar levemente la hoja contra la punta de sus zapatos. Resultó ser un individuo extraño: era muy gordo, y de estatura apreciablemente inferior a la normal; usaba lentes redondos, grandes, y el detalle que más llamaba la atención era su ropa, de tamaño excesivo y desproporcionada al cuerpo, lo que le daba un aspecto payasesco. El ridículo se acentuaba por la actitud del hombrecillo, quien, evidentemente atemorizado y muy sorprendido por mi presencia, me miraba con fijeza y trataba de ser grave y digno.

Cuando di un paso adelante tuvo que esforzarse por no retroceder; se le contrajeron algunos músculos de la cara, así como los párpados, pero se mantuvo firme en su sitio. Sonreí, tratando de parecer simpático, y murmuré un saludo que no le hizo variar de actitud.

Me animé a dar otro paso y ya decididamente dentro de la pieza eché un vistazo alrededor; lo primero que vi fue a la presunta esposa del hombrecillo, una mujer que aparentaba su misma edad, que podría situar por los cincuenta años; tejía, sentada en una silla, a mi izquierda, próxima a un biombo que ocultaba el rincón formado por la pared izquierda y la puerta «de entrada».

La mujer estaba concentrada en su trabajo, con la vista baja, y no parecía prestar atención a lo que sucedía; descubrí, sin embargo, que de vez en cuando levantaba la vista con disimulo para espiarme, y que también tenía miedo.

Detrás de la mujer, y contra esa pared izquierda, había una cama que no llegaba a ser matrimonial, aunque más grande que las de una plaza. Entre la cama y la mesa de cocina, sobre la pared correspondiente a la puerta «de salida», había una cocinilla. No recuerdo otros elementos del mobiliario, o decorativos. Mis ojos se posaron finalmente en los platos de comida. Había carne, cortada en pequeños trozos, y pan y queso; también un par de manzanas no muy atractivas.

Comencé a hablar con fluidez, a explicar mi situación. Al cabo de unos instantes los músculos del hombrecillo parecieron relajarse un poco, y la mujer me miraba ahora sin disimulo. Continué hablando unos instantes, con cierto entusiasmo por el avance logrado, y finalicé con una exhortación a ser invitado a comer.

El hombre permaneció mudo un par de minutos, y al fin carraspeó y abrió la boca; luego la cerró. Volvió a carraspear, y por último dijo algo que no entendí.

Lo miré en forma interrogativa. El hombre repitió su frase y me di cuenta de que hablaba en un idioma que me era desconocido. Pregunté entonces si no habían entendido nada de mi discurso; respondió el hombre encogiéndose de hombros y mostrando las manos vacías.

A pesar del intento de diálogo, el miedo persistía en la pareja, revestido de ese aspecto de indiferencia o dignidad. Seguían a la expectativa y ninguno se movía de su sitio. Se notaba claramente que todo lo que deseaban era que me fuera de allí lo más pronto posible. Me pareció estar en la situación de alguien que se pierde en un hotel y entra por error en una habitación ajena: correspondía sin duda pedir disculpas y alejarse, pero para mí las cosas no eran tan sencillas.

Me pregunté si aquello no sería realmente un hotel; ello explicaría muchas cosas; pero pensé que, desgraciadamente, no todas: cómo había llegado allí, por qué no se podía avanzar más que en una dirección, y atravesando forzosamente las habitaciones, en lugar de pasillos; pero el momento no era muy indicado para cavilaciones. Intenté, entonces, otros idiomas; tanto al inglés, como al francés, como a las tres palabras que sé de alemán y a las dos de ruso, el hombrecillo respondió con un movimiento negativo de cabeza. Después dijo una frase más larga que la anterior.

Con cautela, pues temía que el miedo pudiera inducirlos a una reacción violenta, me fui moviendo hacia la mesa. Cuando estuve al lado miré al hombrecillo y le

señalé el plato de carne, y luego me señalé el estómago. Él se encogió de hombros. Miré la mujer, quien no hizo ningún gesto de oposición. Siempre la expectativa temerosa. Entonces tomé con la mano un trocito de esa carne cocida, y me lo llevé a la boca. Después otro, que acompañé con un pedazo de pan, y terminé por comer la mitad de la carne y buena parte del queso y del pan.

Después me encontré sin saber qué hacer. Tenía ganas de tirarme en la cama a descansar; pero la pareja seguía firme, cada uno en su sitio, sin mostrar signos de cortesía; incluso parecían malhumorados. Pensé que si desde un primer momento hubiese utilizado en mi provecho el miedo que les producía, habría podido conseguir alguna otra ventaja. Pero no lo había hecho, y ahora las fuerzas estaban parejas. No se animaban a echarme, pero ya era demasiado tarde para conseguir una invitación a permanecer.

Me llevó un instante resolver el problema de la puerta que debía usar; si salía por la que había entrado no hallaría nada que valiera la pena; era volver a la oscuridad y al frío; pero tenía una ventaja; la próxima vez que tuviese hambre podría regresar allí, cosa que me sería imposible si usaba la puerta «de salida» y el hombre decidía cerrarla. Pero enseguida concluí en que no tenía sentido volver a los mismos lugares; mi problema principal no era alimentarme, sino salir de ese lugar, donde ya había perdido demasiado tiempo.

Me acerqué a la puerta de salida y la abrí con precaución; del otro lado también había luz. Asomé la cabeza por la puerta entornada y miré al interior; no estaba vacía, sino que se repetían más o menos los mismos elementos que en ésta, pero deshabitada. También advertí platos de comida en la mesa.

Esto me alentó a dar unos pasos más en la habitación. A mis espaldas sonó de inmediato el estampido de la puerta cerrándose con fuerza. El hombrecillo había decidido actuar enérgicamente; ya me sería imposible volver atrás.

A pesar de todo probé el picaporte, y empujé y tiré; como esperaba, no conseguí nada. Golpeé la puerta con los puños y grité una serie de insultos contra el hombre de ropas ridículas y su mujer. No recibí ninguna respuesta.

Eché un vistazo desganado a la habitación. Me pareció que correspondería hacer una inspección a fondo, aprovechando la iluminación, pero me sentía sin fuerzas. Casi sin quererlo me encontré quitándome parte de la ropa y metiéndome en la cama que, como en la pieza anterior, estaba ubicada sobre la pared izquierda; durante breves instantes medité sobre si debía o no apagar la luz; no había visto ninguna llave, pero podía aflojar la lamparita; y también pensé en el peligro de dejar encendida la estufa de queroseno. Resolví estos problemas volviéndome hacia la pared y quedándome dormido casi de inmediato.

Al parecer, durante el sueño no había concebido mayores esperanzas de que aquello fuese una pesadilla; desperté con la idea más o menos clara de que estaba viviendo algo distinto. Eso no evitó mi malhumor ni la prolongación del desconcierto inicial. Por el contrario, ahora que tenía comodidad y estaba libre de algunas urgencias, podía desesperarme haciéndome preguntas y tratando inútilmente de responderlas. Eran varios los problemas planteados: qué me había sucedido mientras esperaba el ómnibus, quién me había llevado allí y por qué; qué era ese lugar y, fundamentalmente, cómo podría salir. Me revolví un buen rato en la cama y al fin me levanté, pensando que el juego intelectual no contestaría las preguntas ni resolvería por sí solo estos problemas.

Tal como sospechaba, detrás del biombo encontré una canilla, en el extremo de un caño que sobresalía pocos centímetros de la pared, y unos artefactos de latón a los que atribuí fines sanitarios. No había toalla y usé mi pañuelo para secarme las manos y la cara: tampoco había espejo.

Al pasarme las manos por la cara noté un poco de barba; supuse que no debía de hacer mucho tiempo que estaba en ese lugar, a lo sumo veinticuatro o treinta y seis horas: a menos que alguien se hubiera tomado el trabajo de afeitarme, para confundirme más.

Me vestí, y examiné brevemente la habitación. Repetía con bastante exactitud la de la pareja, con pequeñas diferencias. La cama era de una plaza; no había sillas, sólo una mecedora; la cantidad de comida era menor.

Encontré una caja de fósforos sobre la mesa, y comprobé que estaba llena. Encendí de inmediato un cigarrillo y me senté en la mecedora.

El biombo que ocultaba los artefactos sanitarios tenía una tela estampada, con el dibujo multiplicado de una flor en colores desteñidos. Mientras fumaba no dejé de observar este dibujo, que me despertaba alguna resonancia en la memoria. Pero no pude ubicar ningún recuerdo concreto.

Las paredes estaban pintadas a la cal, de color amarillo claro deprimente. Las dos puertas, en cambio, eran de un azul brillante que me resultaba pesado. Cerca del techo, no muy alto, había molduras en forma de flor, como recordaba haber visto en las casas antiguas; el detalle me chocó, porque había asociado siempre estas molduras

con los techos muy altos; después pensé que estaba perdiendo el tiempo con estas observaciones.

Me levanté y abrí la puerta de salida, para mirar la pieza siguiente. Era similar a ésta y también estaba deshabitada. A primera vista noté alguna variante: había dos sillas y la cama era grande; también me pareció más recargada de objetos. Cerré la puerta y volví a mi mecedora con la idea, que ya se había insinuado en algún momento pero que ahora cobraba un cuerpo más definido, de que esta habitación me estaba destinada.

Al menos, estaba preparada para una persona sola. En la pieza siguiente había más cosas de las que yo necesitaba.

Esta idea me hizo sentir aún más incómodo.

Tiré al suelo la colilla y volví a levantarme. Observé todos y cada uno de los objetos y rincones de la pieza. Detrás de la cortinita de la repisa había cacharros con comida y algunas comidas envasadas. No descubrí nada de mayor interés. No llegué a ninguna conclusión, ni siquiera a un punto de partida.

Parecía que me daban la posibilidad, a veces tan ansiada, de casa y comida gratis. Sonreí. Sospechaba que de cualquier manera algún precio debería pagar por todo aquello si resolvía quedarme. Hacía ya tiempo que sabía que nada es gratuito. Volví a sonreír, ante mis propios pensamientos en torno a la posibilidad de quedarme allí. Me pregunté luego por qué me hacía gracia, y qué había de sustancialmente distinto en mi vida cotidiana para rechazar esa posibilidad tan de plano.

—Ana —me respondí en voz alta. Sustancialmente, Ana. Y luego los parques, y el mar, y los amigos, y quizá algunas otras cosas. Pero todo, en conjunto, no pesaba tanto como Ana. Aunque ella no fuera, también, más que una posibilidad.

Nuestras relaciones no estaban bien definidas. Recordé que la tarde anterior, o lo que parecía ser la tarde anterior, pensaba llevarla al cine. En principio ella había aceptado; después de algunas negativas anteriores, esta aceptación me había parecido un avance notable.

En cambio ahora me encontraba allí en esa pieza, que no tenía nada que ver con nada. Mis pensamientos comenzaron a deprimirme. Guardé de forma mecánica la caja de fósforos en el bolsillo y llevé los dedos al plato con carne fría; noté que tenía otra vez las mandíbulas apretadas y una rabia intensa. Me dispuse a salir.

De pronto, la luz guiñó.

Fue un guiño largo, como los que hacen que se detengan los relojes eléctricos. Me pareció un aviso. Pensé que la luz estaría por apagarse definitivamente.

Me llené la boca de comida, mastiqué y tragué. Encendí un nuevo cigarrillo. El apagón no se hizo esperar; pronto la habitación quedó en una oscuridad total.

Me dirigí a tuestas hacia la puerta de salida, y la abrí; en la pieza siguiente tampoco había luz. Retrocedí, y sin recordar que no era posible, quise abrir la puerta

de la pieza de la pareja: de todos modos, tampoco se filtraba luz por debajo.

Resolví entonces volver a acostarme. Eché una maldición en voz alta. Recién me había levantado, y cobrado el impulso necesario para seguir avanzando.

Esperé unos minutos, y al fin me acosté. Di unas últimas pitadas furiosas al cigarrillo y lo aplasté contra el piso. Rezongué un rato en voz alta, repasando todo mi repertorio de malas palabras, aunque no sabía contra quién dirigirlas. Y muy pronto, aunque hasta ese momento no había sentido ni pizca de sueño, volví a quedar dormido.

Tiempo después aprendí que estos apagones eran el equivalente de la puesta de sol; cuando desperté, la luz eléctrica estaba nuevamente encendida y comenzaba entonces mi segunda jornada en ese lugar.

Volví a lavarme la cara y las manos, a toser, escupir y orinar. Decidí dejarme el pelo sin peinar, y noté que otra vez tenía hambre. Me dirigí a la mesa y me sorprendió encontrar el plato lleno de carne. Y algo en que no había reparado: una cacerolita con café. Elegí el café, y puse la cacerolita sobre una de las hornallas de la cocina, que era de gas. Encendí con un fósforo.

Estuve meditando sobre la aparición de la comida; evidentemente, alguien había entrado al cuarto durante mi sueño. Pensé que sería interesante sorprender a esta persona; me prometí no volver a dormir hasta lograrlo. Si todo aquello que me estaba sucediendo tenía algún sentido, podría tal vez averiguarse por intermedio de ese ser, aunque, pensé, ya lo consideraba un enemigo.

Cuando el café estuvo pronto lo serví en una tacita, le agregué azúcar y lo bebí lentamente. Encendí un cigarrillo. Luego eché un vistazo general, más bien inútil, a la habitación, y pasé a la siguiente. Hice una inspección desganada. Sentía que algo en mí no funcionaba bien. Sin embargo, continué con mi tarea, sin ningún resultado y después pasé a otra habitación.

Estaba también desocupada, y los elementos ofrecían pequeñas variantes. Adecuada para una persona sola, se parecía más a la pieza en que había dormido que a la inmediata anterior.

Algo dentro de mí seguía enviando señales de angustia. Inspeccioné detrás del biombo, levanté la cortinita de la estantería, descubrí como novedad un cuadro tonto colgado en la pared (el dibujo, o reproducción de una pintura, que quería representar una habitación parecida a éstas, en el estilo de las reproducciones de las revistas ordinarias).

La angustia desbordó de pronto. Me sentí oprimido, lleno de rabia y de impotencia. Recordé mi cita con Ana, y toda esta situación no prevista, no buscada, no explicada, se me presentó de golpe con efecto aniquilador.

Pensé que era estúpido hacer las cosas que estaba haciendo. Me precipité en la pieza siguiente, y luego en la otra, y así recorrí como un huracán una serie de piezas

desocupadas, todas parecidas entre sí, hasta que me encontré otra vez con seres humanos.

Me quedé cortado. Había entrado como una tromba, y el hombre —tan gordo, tan pequeño, con ropas tan ridículas como el anterior, aunque no era el mismo— saltó de su asiento y quedó también cortado, frente a mí, a dos pasos. La mujer, que en el instante anterior debía de tener una expresión plácida, o tonta, sentada en su mecedora, dio un pequeño grito ahogado y se llevó la mano a la garganta. Tenía los ojos muy abiertos.

—Disculpen —dije, y se notaba en mi voz toda mi irritación—. No estoy aquí por mi gusto. Supongo que no entienden nada de lo que digo, ¿verdad?

Mi tono interrogativo recibió una sacudida negativa de cabeza por toda respuesta.

—Bueno, adiós —dije, y retomé mi ritmo de fuga. Salí por la puerta de salida y me encontré en otra pieza deshabitada; luego, otra pieza deshabitada. Ahora, el encuentro último me hacía pasar de una pieza a otra con mayor precaución, para no provocar situaciones violentas. Pero seguía bullendo de rabia, y de todas maneras mis movimientos eran bruscos.

En otra habitación había toda una familia; a la pareja se había sumado un par de muchachos jóvenes. Saludé a todos con una pequeña reverencia y seguí mi camino, dejando atrás expresiones de asombro.

Más piezas desocupadas, más familias de diversa composición; alguien, en una de ellas, me dirigió la palabra; algo que por supuesto no pude entender. Sin embargo me detuvo. Era un hombre que no se destacaba en absoluto de los que había visto allí hasta el momento; con todo, su expresión era un tanto más benigna, casi diría más inteligente. La mujer estaba ocupada en alguna tarea doméstica, manipulando los objetos de la mesa; apenas interrumpió su labor cuando aparecí.

El hombre volvió a hablarme y su tono era amable. Yo sonreí, y le hice entender que no comprendía.

Sacudió la cabeza varias veces, con pena, y cuando iba a continuar mi camino pareció querer detenerme con un gesto. Luego miró a su mujer con el rabo del ojo, como considerando un problema.

Me miró nuevamente. Supuse que estaría dudando entre escaparse conmigo o continuar allí. Me pareció que la posibilidad de un compañero de viaje de su condición no me significaba ninguna ventaja; por algún motivo había desarrollado desde el primer momento una especie de odio, o más bien desprecio, hacia toda esa gente de las piezas. No le concedí mucho tiempo para resolverse. Apenas murmuré una palabra de despedida y salí; esperé unos instantes en la pieza siguiente, que estaba deshabitada, pero el hombre no se animó a seguirme.

Mi velocidad fue reduciéndose en forma apreciable. No sólo estaba cansado físicamente; la angustia que me había proyectado con furia hacia adelante ya se había

ido diluyendo con el ejercicio, los nuevos encuentros, y el fracaso de mi búsqueda de una salida; había dejado paso a otra clase de angustia, más resignada, y también la duda tendía a inmovilizarme. Había llegado el momento de replantear mis métodos; sospechaba que el anterior, la inspección minuciosa de cada pieza, era más correcto que la huida desenfrenada; pero tampoco tenía seguridad de que me sirviera de algo, y siempre quedaba la posibilidad de que en la pieza siguiente estuviera la ansiada salida al exterior.

Al mismo tiempo intuía que no iba a ser tan simple hallar una salida: que, independientemente de cómo había llegado a ese lugar, esta llegada no podía ser casual, y supuse que la salida tampoco habría de serlo. De todos modos no tenía ánimos para proseguir con la inspección metódica. Contemplé la posibilidad de instalarme en alguna de esas piezas desocupadas durante un tiempo, para descansar y dejar que se restablecieran un poco mis nervios. Pero sentí que la ansiedad no me permitiría descansar.

Mientras manejaba estos pensamientos seguía mi recorrido, a paso normal, y no prestaba más que escasa atención a lo que veía. Debí de atravesar una larga serie de piezas desocupadas antes de hallar una familia, y luego otra; y al continuar avanzando advertí que las piezas ocupadas comenzaban a darse con mayor frecuencia. En cada una de ellas se producía algún incidente menor; debí de concluir que no sólo no era habitual que alguien hiciera este recorrido, sino que debía de ser un fenómeno muy poco frecuente o tal vez no previsto. El denominador común era la sorpresa, a la que a menudo se agregaba el miedo.

Sólo puedo registrar un caso de total indiferencia: en una habitación que, al parecer en forma excepcional, ocupaba un hombre solo, éste, sentado en su mecedora leyendo un libro, apenas levantó la vista y volvió a su lectura aun antes de que yo abriera la puerta de salida. Esto me produjo una curiosa sensación de resentimiento.

Cuando la luz se apagó, después de la guiñada correspondiente, no pude menos que dormirme a pesar de mi promesa de mantenerme despierto para espiar a quienes traían la comida.

Tuve un sueño largo y complejo; desperté cansado y sin poder recordar ninguna imagen: apenas una idea de su estructura, un diálogo o discusión a tres o cuatro voces, en la que se avanzaba penosamente, con repeticiones que de continuo alguien se empeñaba en introducir; recordé también la sensación de que me iluminaban la cara con una linterna, pero no pude saber si era parte del sueño, o si había sucedido en los hechos; tal vez, a causa de mi preocupación por la persona que traía la comida, lo había inventado al tratar de revivir el sueño en el momento de despertar.

También me sentía malhumorado. Y no podía despejarme por completo. Quedé largo rato en la cama, hasta que la cama también me resultó incómoda. Me levanté y me vestí, para tenderme de nuevo y cerrar los ojos. No me volví a dormir, pero traté de que mi mente descansara un poco, rememorando escenas de mi vida cotidiana. Ana volvió a hacerse presente, pero tal vez de manera un poco forzada, como si yo me obligara a desplazar otras imágenes. La verdad es que mi preocupación por lo que me estaba sucediendo era tan grande que no podía evitar mortificarme constantemente con esas preguntas que no podía responder. Al mismo tiempo sentía necesidad de hacer algo concreto, sin poder definirlo; presentía que había allí más cosas para ver que las que yo veía, y más cosas para hacer de las que me parecían posibles. Había ocupado las dos jornadas precedentes en moverme a impulsos emocionales; pensé que había llegado el momento de proceder racionalmente.

Pero mi cerebro estaba dominado por la pereza, y se movía con lentitud. Además me faltaban puntos de referencia. Lo único que se me ocurría era la misma opción entre dos líneas a seguir: o bien la inspección metódica, o bien el avance veloz y ciego en la única dirección posible.

Me costó cierto esfuerzo imaginar una tercera línea: combinar las dos posibilidades, en un avance que incluyera una inspección rápida.

Luego pensé que debía trazar un plan y cumplirlo; hacer una lista de los elementos con que contaba, y apuntar hacia aquellos detalles que más evidentemente debía tener en cuenta; pero todo eso se me antojó de pronto demasiado trabajoso, y descubrí que en realidad no tenía ganas de actuar de forma racional. De inmediato me dije que nunca en mi vida lo había hecho; que siempre me había guiado más por las emociones que por la razón, y no veía ahora la forma de cambiar, ni sentía tampoco,

en lo profundo, que ello me fuera imprescindible.

El resultado fue un malhumor creciente que pronto se transformó en depresión; me puse a examinar con severidad inusitada las aristas negativas que siempre había sospechado en mí, pero que nunca había llegado a ver de forma tan cruel; me di cuenta de que la impotencia ante esta situación tan extraordinaria no era muy distinta de la impotencia habitual ante los hechos cotidianos; en este último caso se disimulaba mejor, simplemente, por la complejidad de las situaciones que el mundo nos presenta a diario.

Aquí, todo era mucho más claro, no había para elegir entre demasiadas cosas, y me veía a mí mismo con una desconsoladora carencia de recursos. Imaginaba a cualquier otra persona en mi situación, a cualquiera de mis amigos, y me los representaba actuando con eficacia y rapidez. Me di vuelta contra la pared y me tapé la cabeza con la almohada, pero no logré dormir ni acallar los pensamientos. Por fin me levanté, comí pan con queso y tomé del café de la cacerolita.

Mientras encendía el último cigarrillo del paquete mi vista cayó sobre unos libros que había, junto a otros objetos, sobre una repisa, por encima de la cama. Los otros objetos eran cacharros de adorno, ordinarios. Tomé los libros y me senté en la mecedora a examinarlos.

Las tapas eran grises y llevaban solamente el título, sin ninguna ilustración. El interior presentaba una masa compacta de letras con escasos espacios en blanco, y ninguna hoja en blanco al principio ni al final. Las letras eran en su mayoría iguales a las de nuestro alfabeto, pero había muchas, también, que jamás había visto. A menudo aparecía en una palabra una serie muy larga de nuestras consonantes, y no pude en definitiva hacerme una idea del tema que trataba el libro, ni reconocer una sola palabra. En este sentido, los cuatro libros del estante me resultaron idénticos.

El papel amarillento y la tipografía me indicaron que se trataba de libros antiguos, como los que sabía impresos alrededor del 900. Si bien creía no haberme ilusionado con los libros, los devolví al estante con un sentimiento de decepción.

Tiré la colilla al suelo y di un par de vueltas sin sentido por la pieza. Luego me registré los bolsillos, como para no dejar nada olvidado, y pasé a la pieza siguiente.

Mi recorrido fue lento e improductivo; la jornada finalizó sin pena ni gloria, luego de haber transitado unas cuantas piezas, ocupadas y desocupadas. Sólo me quedó la impresión de que las piezas desocupadas se hacían menos frecuentes, y las familias más numerosas.

En las jornadas que siguieron, durante las cuales se mantuvo mi estado depresivo, fui confirmando esa impresión; al mismo tiempo, noté que las habitaciones y las gentes, salvo excepciones, se iban empobreciendo. Las paredes tenían manchas de humedad y trozos de revoque desprendidos, las ropas de las gentes estaban más gastadas y, de forma paralela, aumentaba la agresividad de hombres y mujeres, en

especial de los más jóvenes.

No puedo anotar ningún incidente violento, pero casi sin excepción se me miraba mal y, en muchos casos, el odio era evidente. En las personas mayores subsistía el miedo, aunque las familias numerosas se sentían defendidas por la agresividad de los hijos.

En este período llegué a obsesionarme por una única idea: quedarme una noche sin dormir para sorprender a la gente que traía la comida.

Pero, invariablemente, pasaban muy pocos minutos desde el momento en que se apagaba la luz y apoyaba la cabeza en la almohada, hasta que me quedaba profundamente dormido. Saqué la conclusión de que por algún medio se me inducía al sueño. Planeé pasar un día sin probar bocado, pensando que podría haber una sustancia somnífera en la comida, pero no tuve voluntad para hacerlo.

En cambio, una vez decidí no acostarme en el momento en que se apagara la luz; comencé a caminar por la pieza, pero el sueño me fue dominando de todos modos y en tal grado que a la jornada siguiente desperté instalado en la mecedora.

Decidí que tenía que hacer el plan, y munirme de la fuerza de voluntad necesaria para llevarlo a cabo; pero las jornadas se sucedían insensiblemente, se me escapaban de las manos. En cambio pensaba todo el tiempo en las posibles respuestas a mis preguntas, y hacía trabajar la imaginación de un modo excesivo. Sólo conseguí ampliar el número de preguntas sin respuesta, y de este período datan mis primeras anotaciones breves.

Se me hizo evidente lo cierto de mi idea de que de alguna manera se me suministraba una droga. Tardaba mucho en despertarme y nunca lo conseguía del todo. Incluso a menudo tuve la impresión de que las luces se apagaban antes de lo previsto, y que las jornadas no eran regulares.

Me sentía preso en un sistema arbitrario y cada vez más limitativo. Mis sueños se volvieron más trabajosos. Recuerdo uno de ellos que me pareció repetirse muchas veces a lo largo de este período: se trataba de un juicio, en el que yo era el acusado. Al despertar no recordaba ninguna imagen precisa, pero creía recordar seres, de gran corpulencia, que debatían en forma exhaustiva en torno a «mi caso»; yo, el acusado, no era tenido en cuenta. Estaba presente pero no me hacían preguntas, ni se me señalaba, ni se me daba ninguna oportunidad de defensa; en realidad parecía no existir para ellos, más que como tema de discusión. Sin embargo alguien, aunque no recuerdo palabras, me defendía (sin entusiasmo, tratando de ser objetivo), y alguien (con la misma objetividad) me acusaba. Diría mejor que varios seres trataban, mediante la discusión, de ponerse de acuerdo sobre ese tema que era yo; nadie buscaba tener razón, sino que parecían buscar la verdad, y querer actuar con justicia.

Nada supe sobre el resultado de estos debates, ni que se tomará ninguna decisión; sólo sé que me despertaba más cansado que de costumbre, y con el sentimiento de

haber participado en un hecho real.

Lamentaba que la memoria rescatada para la vigilia fuera tan escasa e imprecisa, y notaba cómo estos sueños ejercían una influencia perniciosa, paralizante, sobre mis acciones del día.

También se repitió muchas veces la impresión de haber sido enfocado por una luz, mientras dormía.

Todas estas cosas tendían a debilitarme cada vez más; sentía la necesidad de hacer algo distinto, y aunque ya tenía varias direcciones hacia las cuales apuntar, no conseguía reunir las fuerzas necesarias.

Ocupaba el tiempo en transitar lentamente mi camino en su único sentido, y al advertir las variantes del escenario —el empobrecimiento, el número de habitantes— pensé que habría, en algún momento, alguna variante exterior que, presionando sobre mí, me obligara a actuar de otra manera.

No tardaron en suceder cosas distintas.

Había decidido tomarme vacaciones en una habitación. Quería preparar el espíritu para ese cambio en mi manera de actuar, y al mismo tiempo aprovechar la circunstancia de haber hallado una pieza desocupada y tranquila; ya las piezas desocupadas no abundaban, y muchas veces las encontraba más o menos saqueadas (presumiblemente por jóvenes que se atrevían a incursionar en piezas vecinas, y entonces faltaban elementos imprescindibles, como por ejemplo la estufa), o bien, y esto era muy frecuente, sucedía tener por vecinos a gente ruidosa.

Ya había vivido la experiencia de pasar allí una noche sin estufa respirando ese aire frío y húmedo, o de sentirme perturbado durante el día por el constante alboroto en las piezas de al lado, y se me había creado el temor de no hallar ninguna pieza aceptable durante una jornada entera, y tener que dormir junto a gente desagradable. Por estos motivos, una vez que hallé una pieza en bastante buenas condiciones, con su estufa y demás elementos intactos, entre dos deshabitadas y en silencio, decidí instalarme por un plazo más o menos prolongado.

Durante la primera jornada de quietud me sentí mucho mejor; aproveché lápices y papel que había requisado en habitaciones anteriores e hice nuevas anotaciones, muy extensas y detalladas, que más tarde me sirvieron como referencia para narrar esta historia con la mayor fidelidad posible; entre las anotaciones incluía algunas teorías, más o menos rebuscadas, sobre el cómo y el porqué de mi llegada allí, y también algunos dibujos sobre la forma —un tema que ya había empezado a preocuparme— que podía tener este lugar (si bien en apariencia era una larga hilera de habitaciones en línea recta, se me ocurrió que también podría adoptar la forma circular, o cualquier otra, ya que las pequeñas variaciones en la inclinación de las paredes pasarían totalmente inadvertidas a mis sentidos; comenzó a preocuparme, entonces, la idea de que en un momento determinado de mi avance podría encontrarme en aquella habitación inicial, vacía y oscura, que me había recibido).

Comí frugalmente, y ese día rechacé la carne, pensando que podía ser el vehículo más apropiado para la droga; me dediqué al queso, al pan y a la fruta. Durante la segunda jornada repetí más o menos la primera, ocupando más tiempo la cama, en lugar de la mecedora. Promediando la tercera jornada recibí la visita de Mabel.

La llamé Mabel porque fue la primera, y pienso que la última, palabra que le oí

pronunciar; tal vez no haya sido exactamente esa la palabra, pero así la entendí y la adopté.

Yo estaba tirado en la cama, con los brazos detrás de la cabeza, mirando el techo. Había llegado a una deducción importante: en las habitaciones tenía que haber, por fuerza, un conducto de ventilación. A la vista no había ningún orificio; pensé, entonces, que las molduras de yeso próximas al techo, en forma de flor, debían de ser algo más que un simple adorno. Me dije que no estaría de más investigarlas, pero aún no sentía el entusiasmo necesario para moverme de la cama.

Se abrió bruscamente la puerta de entrada e hizo su aparición lo que en un primer momento creí un muchachito. Tenía pelo negro, corto, mal cortado, y llevaba pantalones azules, estrechos y desgastados, similares a los blue-jeans. Cerró la puerta también de forma violenta y se recostó contra ella, respirando fatigosamente, los ojos entrecerrados.

Se oyeron golpes, del otro lado, y alguien movía el picaporte. Me levanté de un salto, aparté al muchachito y coloqué una silla debajo del picaporte; era una acción que ya había previsto, y me había aliviado comprobar que el respaldo de la silla calzaba justo, como para trancar la puerta.

El muchachito abrió los ojos, grandes y de un castaño verdoso, me miró sin agradecimiento y se sentó en la silla. Eran ojos de mujer. En la mano traía un bulto, algo como una servilleta agarrada por las puntas vueltas hacia arriba.

Había cerrado los ojos otra vez y tenía la cabeza echada hacia atrás, tocando la puerta. Su respiración se normalizaba lentamente. Yo estaba de pie, mirándola con asombro y sin saber qué hacer.

Luego me cansé y volví a mi lugar en la cama, desde donde la espiaba continuamente. Estuvo mucho rato sin variar de posición ni de actitud.

Fue poco antes del guiño de la luz cuando se levantó del asiento con mucha tranquilidad y se acercó a la mesa; allí soltó las puntas de la servilleta y dejó caer sobre un plato cantidad de hermosas frutas. Tomó una manzana y con un cuchillo le quitó la cáscara; luego repitió la operación con otra, y me la alcanzó en silencio.

Se sentó en la mecedora, de espaldas a mí, a comer su manzana. Yo, perplejo, miré un rato la que me había dado y por fin resolví hacer lo mismo.

La luz guiñó; ella dejó despaciosamente la mecedora y se quitó el saco azul, marinero, y lo colgó en el respaldo. Debajo tenía una blusa blanca que destacaba unos pechos interesantes. Se aproximó a la cama, y ante mi asombro pasó por encima de mi cuerpo y se tendió a mi lado. Sin taparse, sin quitarse los zapatos, se volvió hacia la pared, y estoy seguro de que un instante después, al apagarse la luz, ya dormía.

En mi cabeza comenzaron a dar vueltas multitud de ideas, la mayoría eróticas. El problema sexual me venía preocupando, ya, hacía cierto tiempo. Pero pronto sentí que el sueño me dominaba, y apenas atiné a retirar una manta que estaba debajo de su

cuerpo y a taparla con ella; era muy angosta y no alcanzó a cubrirme.

Antes de quedar dormido me invadió una alegría feroz; sentí que esa compañía femenina, a pesar de lo extraño de la situación, me hacía bien.

Al despertar, la luz eléctrica ya había sido encendida y no había nadie a mi lado. Busqué a la muchacha con los ojos pero ya no estaba en la pieza. Me levanté y vi que el resto de la fruta, así como la servilleta, seguían encima de la mesa. Esto me tranquilizó; la presencia de la muchacha había sido real, y no un delirio.

Me lavé y comí algunas frutas. Eran mucho más ricas que las que había comido antes allí, o así me parecieron. Después preparé café. Me encontraba con el ánimo mucho mejor dispuesto.

Ahora que se me habían terminado los cigarrillos me veía obligado a fumar en pipa; las pipas, y el tabaco, se encontraban con cierta frecuencia en las habitaciones. Había formado una pequeña colección de tres pipas, que usaba de forma alterna. Encendí una, y me senté en la mecedora a fumar y tomar café.

No quería esperar a la muchacha. Me parecía que lo mejor que podía hacer era actuar como si ella nunca hubiese existido. Pero a un nivel más profundo, me di cuenta de que la estaba esperando y que no podía evitarlo. Una vez terminado el café, resolví engañarme a mí mismo y ponerme a trabajar en mi última idea.

Corrí ligeramente la cama de su sitio y ubiqué la silla —que aún estaba junto a la puerta, trancando el picaporte— debajo de una moldura próxima al techo, en el rincón formado por la pared izquierda y la pared de la puerta de salida. Con un cuchillo en la mano subí a la silla y me puse a escarbar en la moldura. Introduje el cuchillo entre el borde inferior y la pared, y di unos golpecitos e hice palanca.

No obtuve más resultado que el desprendimiento de un polvillo de yeso, o algún otro material quizá más duro. Luego cambié de sistema, y aplicaba alternativamente algunos golpes con el mango del cuchillo y otros con la punta, hasta que la moldura se quebró y cayeron grandes trozos. Antes de completar la obra con unos golpes bien acomodados, ya había visto el orificio y notaba el movimiento de las aspas de un extractor de aire.

Cuando el orificio quedó totalmente al descubierto, vi que tenía el tamaño aproximado de mi puño, y que era el extremo de un conducto. Las aspas del extractor giraban a una distancia de veinte o treinta centímetros. Me sentí satisfecho al comprobar que mi deducción había sido correcta, pero no lograba hacerme una idea de la utilidad de esa comprobación. Quedé un rato parado en la silla, mirando cómo

giraban las aspas silenciosamente, y cuando oí que una puerta se abría y me volví y la vi a ella parada junto a la puerta de entrada me sentí muy tonto. Ella debió tener la misma sensación, porque me miró y soltó una carcajada feliz, sonora y tintineante.

Me bajé de la silla y dejé el cuchillo sobre la mesa; me acerqué a la muchacha, quien continuaba riendo, y me pareció que había adquirido una personalidad enteramente distinta a la del día anterior. Situé su edad alrededor de los veinte años, quizá uno menos. Al reír, los ojos le brillaban con una sana malignidad infantil.

Estiró un brazo y me alcanzó un frasquito chato que tenía en la mano. Lo destapé; olía a menta. Tomé un trago, y le devolví el frasco; ella bebió con placer, pero no quiso conservar el frasco que, evidentemente, era un regalo que me traía.

Recién entonces hice conciencia de que había aparecido por la puerta de entrada otra vez. Me quedé perplejo; había hecho una cosa que parecía imposible; por dondequiera que hubiese salido, había encontrado la manera de volver a entrar por esa puerta. Ahora estaba cerrada; me acerqué y moví el picaporte —a pesar de saber que había estado la silla debajo todo el tiempo— y no obtuve resultado. De todos modos, la solución debía de estar en otra parte, y no en la puerta. En ese momento comencé a pensar que tal vez la muchacha formara parte de los hipotéticos habitantes de alguna estructura paralela, tal vez los mismos que renovaban la provisión de alimentos.

La miré a los ojos y le hice preguntas. Cómo se llamaba, de dónde venía y, naturalmente, cómo había hecho para irse y volver a entrar por allí. Tuve la vaga sensación de que sí me entendía; pero no respondió, en ningún idioma. Volvió a reír, y no pude menos que acompañarla.

Luego, sin prestarme más atención, se dedicó a tareas culinarias. Puso a calentar agua en una ollita, y sacó de la estantería un paquete de arroz. Echó unos puñados dentro del agua, y luego se quedó junto a la cocina, revolviendo de vez en cuando con una cuchara.

Yo no sabía qué hacer. Me seguía sintiendo tonto, y tuve que reprimir las ganas de volver a trepar a la silla para mirar el extractor, y dejar de lado mi intención de romper las otras molduras de las restantes esquinas para ver si ocultaban algo distinto.

Entonces me acerqué a la muchacha y comencé a hablarle. Sonrió con cierta ternura. No podía saber si me entendía o no, pero seguí hablando. Le hablé de mí, y también de ella; elogí su belleza, agradecí los regalos que me había traído. Cuando el tema se agotó, comencé a recitar algunos poemas que recordaba —aunque hasta ese momento no sabía que realmente los recordaba—. Con uno de ellos tuve un éxito inesperado: la muchacha dejó por un instante el arroz, y un poco sonrojada me dio un beso en la mejilla. Yo la tomé de la cintura y la besé en la boca; no encontré resistencia, pero tampoco noté que respondiera. Después me apartó suavemente y

siguió con la comida. Me senté en la mecedora y encendí la pipa.

El almuerzo consistió exclusivamente en arroz y frutas. Ninguno de los dos —yo más que nada por respeto a su trabajo— tocó las tiras de carne fría, que también esa noche habían renovado.

Después ella ocupó la mecedora y yo me recosté en la cama.

Luego de un largo silencio le pregunté, suavemente y con naturalidad:

—¿Cómo te llamas?

Fue entonces cuando ella dijo su única palabra, que yo adopté como «Mabel». No intenté hacer más preguntas, pues intuía que no habría de obtener respuesta.

Después de otro larguísimo silencio se levantó de la mecedora, se acercó a mí, me rozó la mejilla con dos dedos, y antes de que pudiera hacer algo por detenerla dio media vuelta y desapareció por la puerta de salida.

Salté de la cama y corrí hacia la pieza vecina; estaba vacía. No me animé a pasar de la puerta, porque tenía motivos para permanecer aún en la mía y, de todos modos, sabía que aunque lograra alcanzarla, no tenía sentido perseguirla. Ella parecía saber muy bien lo que hacía, y había nacido en mí un gran respeto por su persona y sus decisiones. Cerré la puerta de salida y volví a la cama, con una mezcla confusa de pensamientos y sentimientos.

Esa muchacha sabía muchas cosas. Poco a poco me fue entrando como una fiebre, un torbellino donde se mezclaban preguntas y respuestas, teorías, todo aquello que no sucedía mientras ella estaba presente; ahora, sentía que algo se me escapaba, que la comprensión de todas las cosas estaba muy cerca y alcanzaba a rozarla apenas, y luego desaparecía. Después, un poco más sereno, pensé que había hecho un entrevero de planos mentales, y que era la muchacha, y no la comprensión, lo que se me escapaba; que ella era algo que no podía poseer ni controlar, alguien que sabía muchas respuestas a mis preguntas y que, sin embargo, no habría de responder; alguien que, al menos, podría servirme de consuelo o de compañía, pero que también a esto habría de negarse. Nuevamente, sentí que la rabia me dominaba. La descargué contra las molduras restantes, pero no sentí interés por ver qué ocultaban. Volví a acostarme, tapándome la cabeza con la almohada, y me dormí, presumo, antes de que se apagara la luz.

Y por primera vez desperté antes de que la luz se encendiera. Tenía la mente mucho más despejada que de costumbre, y me sentía más vitalizado. Esperé la luz con impaciencia, porque ahora tenía un deseo urgente de ver lo que había debajo de las molduras rotas.

Hubo un sonido leve; algo se movió en la habitación. Me preparé para actuar, pensando que por fin habría de capturar a quien traía la comida; pero el ser que había entrado ocupó la mecedora y empezó a hamacarse lentamente. Deduje que era Mabel, y la llamé en voz baja por este nombre.

La mecedora dejó de moverse, y oí que ella se levantaba y caminaba hacia mí. Era, efectivamente, Mabel. Se sentó en la cama y me acarició el pelo con su mano pequeña. Le tomé las manos y las besé. Luego quedamos así, con las manos tomadas, como novios un tanto estúpidos, hasta que la luz se encendió minutos más tarde. Ella sonreía.

Observó sin curiosidad ni vergüenza cómo me vestía, y esta vez fui yo quien la invitó con el desayuno. Preparé café y, como se trataba de una ocasión especial, tosté un poco de pan al fuego, pinchándolo en un tenedor.

Luego me tomó de la mano y mostró la intención de llevarme fuera de esa pieza. Le pedí que me esperara unos instantes, y haciéndola reír de nuevo me subí a una silla y miré en cada uno de los rincones próximos al techo. En todos había un agujero en el lugar tapado por las molduras; pero no pude apreciar más nada. No se veían aspas de extractores ni cosa alguna. Desilusionado, recogí mis cosas —las pipas, el lápiz, el papel, el saco— y me dejé conducir a la otra habitación.

De allí pasamos a otra sin detenernos, y así hicimos un recorrido más bien largo. No hallamos ninguna pieza ocupada, y cada una iba mostrando un avance bastante evidente en los deterioros. Así llegamos a una pieza que daba una idea muy deprimente de suciedad, abandono y desgaste.

Mabel, sin vacilar, se soltó de mi mano y se dirigió a la gran cama ubicada, como todas, contra la pared izquierda. Tiró de ella y consiguió moverla lo suficiente para dejar al descubierto un gran agujero que abarcaba parte de la pared y del piso.

Luego, con su particular manera de hacer las cosas, esperó. Esperó largamente, mirando la negra abertura como si de allí fuera a salir algo interesante. En realidad

sabía que debíamos meternos por allí. La idea no me entusiasmó. Sentí miedo.

Seguimos un buen rato, siempre tomados de la mano, los dos mirando en la misma dirección. Pienso que de haber estado solo habría sentido una clase distinta de miedo; enfrentarme a lo desconocido, emprender una aventura distinta, no sé; y que, con miedo y todo, no habría vacilado en meterme por allí. Era, sin lugar a dudas, la posibilidad que había estado buscando durante jornadas interminables.

Pero ahora, aunque en ese momento no lo analizara, mi urgencia por encontrar una salida era mucho menor. Me sentía bien al lado de Mabel. Por otra parte, temía que ella no me siguiera, o que sucediera cualquier cosa que llevara a una separación.

Por fin, con elegantes movimientos felinos, se puso de rodillas, apoyó las manos en el suelo y comenzó a gatear, introduciéndose en el túnel; antes de que sus pies desaparecieran de la vista yo ya estaba siguiéndola.

Fue un recorrido largo, difícil. El túnel formaba una suave curva; al principio descendía lentamente, luego se hacía más o menos horizontal y por último ascendía, también con suavidad.

A pocos metros del agujero de la entrada nos envolvió la oscuridad total. El aire estaba enrarecido, y había zonas muy húmedas. El espacio en el cual uno podía moverse no era regular; a veces el túnel se hacía aún más estrecho, y me veía obligado a arrastrarme. En ocasiones ofrecía una mayor amplitud, pero no tanta como para incorporarme y caminar. La posición más cómoda que podía lograrse era la de cuatro patas.

No sé si el recorrido fue tan largo como me pareció; de no haber sentido el constante reptar de mi compañera delante de mí, habría caído en la desesperación. Mi ropa estaba sufriendo su desgaste final; la aspereza del suelo, probablemente cemento, me iba raspando los pantalones, sin remedio; y algo, probablemente tierra húmeda, se me iba pegando a las ropas.

La desembocadura se vio desde lejos, como un gran círculo luminoso contra el cual se recortó la silueta en movimiento de la muchacha. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza, porque esa luz no podía provenir de ninguna otra fuente que el sol. Al mismo tiempo un aire nuevo, distinto del que había respirado en todo aquel lugar, y distinto, muy especialmente, del aire enrarecido del túnel, me llegó a los pulmones como un mensaje de libertad.

Tuve ganas de acelerar el avance, de precipitarme hacia la salida a toda velocidad; pero mi compañera mantenía incambiado el ritmo de su reptar. Por fin alcanzamos el tramo final y salimos al exterior.

La luz me cegó; pero a través de las lágrimas pude ver el mar, y la arena, y me invadió una alegría desbordante. Mi compañera se había incorporado y se sacudía la ropa con la mano, en inútil intento de limpieza. Yo también me incorporé, y la rodeé con los brazos, la tomé de la cintura y le hice dar vueltas; ella respondió con el

tintineo de su risa. Las lágrimas me hacían arder los ojos y ya no podía abrirlos sin sentir un dolor intolerable; a tientas me acerqué al borde del agua, sin preocuparme de las olas que llegaban a mojarme los zapatos, me agaché y recogí agua con el hueco de las manos y me lavé los ojos y la cara; era agua salada, pero de todos modos me alivió.

Volví, con los ojos abiertos, junto a Mabel. Sufrí una decepción muy grande: por primera vez podía apreciar el lugar donde estábamos, y me di cuenta de que aquello no era la libertad.

Nos encontrábamos en lo que parecía ser la parte interior de una represa. El agujero por el que habíamos salido, junto a otros similares, estaba situado en una enorme muralla de piedra y cemento, más alta que cualquier otra que hubiera visto antes. Adoptaba una forma semioval, y rodeaba la minúscula playita en la que nos hallábamos; sus extremos se metían mar adentro y se perdían de vista a lo lejos, bajo la superficie del agua.

No podía sospecharse qué había del otro lado de la muralla; descarté rápidamente la posibilidad de bordearla, nadando, para averiguar qué sucedía fuera de la concavidad, en primer lugar porque no sé nadar muy bien, y porque la parte visible llegaba muy lejos mar adentro y no podía saberse dónde terminaba; y por otra parte, a poca distancia ya el oleaje era impresionante.

Dejé momentáneamente de lado a Mabel y recorrí la playita con desesperación; había algunas rocas, pegadas a la muralla, y la arena era gruesa y no muy limpia. Había dos agujeros más, a los costados de aquél por el cual habíamos emergido; sin duda corresponderían a túneles similares. Me pregunté adónde conducirían.

Mabel se había parado en el borde del mar y miraba el horizonte, como esperando ver aparecer un barco; el sol aún estaba bastante alto, frente a nosotros, y calculé que faltarían cuatro o cinco horas para su puesta. Me di vuelta nuevamente y observé la muralla; concluí que era imposible de escalar. Estaba formada por enormes bloques de piedra, algunos grises, otros rojizos, unidos entre sí por cemento o algo similar. Aunque había pequeños salientes y huecos, ni el mejor alpinista se habría atrevido a ascender a tal altura; o quizá sí, pero yo no. Sin embargo, la comprobación de que seguía estando prisionero no me quitó finalmente la alegría: había conseguido sol, aire y mar, y después de aquel encierro casi era más de lo que podía pedir.

Cuando me volví otra vez hacia Mabel, vi que se estaba quitando la ropa. Había dejado los zapatos en la arena, cerca de la muralla, y se sacó la blusa. Tenía pechos grandes y firmes; apenas oscilaron con los movimientos que hizo para quitarse el pantalón. No usaba otra clase de prendas.

Su desnudez, que llevaba con tanta naturalidad como un vestido de todos los días, me dejó mudo, clavado en mi sitio. Sufrí una serie de reacciones, muy rápidas, que sólo tiempo después me ocupé en analizar al recordarla. Había una contradicción, ya

en la muchacha, ya en mí mismo, que me provocaba las reacciones, distintas y aún antagónicas. El cuerpo era de una belleza sólida, de una lujuria excitante, y lo primero que sentí fue un deseo rabioso de poseerla. Una oleada de ansiedad sexual me recorría todo el cuerpo y finalmente me provocaba una erección total y perentoria. Pero Mabel era algo más que su cuerpo, y se presentaba ante mis ojos como la imagen misma de la inocencia. No había en su actitud ni el menor asomo de provocación. De inmediato, la oleada de mis deseos se veía enfrentada a esa actitud esencialmente asexuada de la muchacha, y la erección cedió en un instante y la corriente que me electrificaba el cuerpo pasó a transitar, supongo, por otras vías: me invadió un estado de dulzura y lucidez, y me sentí realmente un hombre, un ser humano, un ser que formaba parte de la Naturaleza, una partícula ínfima y sin embargo imprescindible del Universo.

Caminó hacia el agua, y en el momento en que sus pies eran lamidos por una ola, se dio vuelta para saludarme con una mano en alto y una sonrisa. Luego se introdujo en el mar.

El agua la fue cubriendo, y cuando le llegaba a la cintura se sumergió. Nadó un rato por debajo del agua y apareció un poco más lejos; luego siguió nadando.

Me tendí sobre una roca. El sol no era muy fuerte, y ese calor era exactamente lo que necesitaba. Resolví quitarme la ropa yo también, y volví a tenderme, ahora sobre la arena. Ya no había en mí pensamientos eróticos; después, conseguí alejar todo tipo de pensamientos.

No advertí que había regresado hasta que su carne blanca pasó delante de mis ojos; yo estaba echado de costado, la cabeza apoyada sobre mi brazo derecho extendido, y vi cómo se vestía sin preocuparse de que su cuerpo estuviera todavía mojado, ni de que yo la observara. Mostraba en la cara una felicidad intensa, casi mística.

Me puse mis ropas y fui a sentarme junto a ella. En el bolsillo conservaba el frasco que me había regalado; bebimos unos tragos del licor y ella tomó el frasco vacío y lo arrojó al agua. Flotó unos instantes y luego se hundió.

Nos observamos largamente. Me seguía desconcertando ese tiempo suyo: parecía no esperar nada, como si se sintiera bien de continuo, sin la necesidad de hacer nada para evadir el minuto presente; no había conocido nunca a un ser tan lejos de la ansiedad o del miedo, una especie de animalito feliz. Me miraba sin ninguna expresión en particular; estaba seguro de ser para ella un objeto lindo, tan lindo como un trozo de la muralla o como el tapón del frasco que había quedado sobre la arena, o como todos y cada uno de los objetos que componían su mundo. Y esta idea no me hacía sentir rebajado a la condición de objeto; por el contrario, me sentía integrado a ese mundo tan especial, donde todo estaba vivo, donde las rocas y los tapones de los frascos adquirían, junto a ella, una dimensión distinta; me sentía orgulloso de formar

parte de esa colección, aunque abarcara todos los objetos posibles, quizá porque tenía la certeza de que no debían de ser muchos los seres humanos con los que ella compartía su alegre soledad.

Me sentí humillado cuando necesité tomarle una mano entre las mías; lo sentí como un gesto vano de posesión, que me situaba muy lejos de lo que era ella. Pero ella no varió su actitud, y me siguió contemplando inexpresivamente, y supe que estaba viviendo todo al mismo tiempo, saboreando el aire y el sol y el ruido del mar y mi presencia.

La jornada concluyó esta vez con la puesta de sol, que se había ido hinchando y enrojeciendo sobre el horizonte. Aun antes de que fuera tragado por el mar, el aire se volvió frío, y noté que la muchacha, como yo, temblaba ligeramente. Di un último vistazo a la playa y, de común acuerdo, emprendimos el camino de regreso por donde habíamos venido.

Se me había ocurrido que los otros túneles merecían ser explorados; pero no quise arruinar la paz que había obtenido, ni crear la menor posibilidad de una separación de Mabel. La seguí por el túnel, en un recorrido que ahora me resultaba más fatigoso. Desembocamos en la pieza, que ya estaba a oscuras. Encendí un fósforo.

No había comida sobre la mesa, ni estufa de queroseno. Sin embargo no quise abandonar esta habitación que contaba con el precioso tesoro de la desembocadura del túnel. El fósforo me quemó los dedos; lo arrojé al suelo y encendí otro.

Esta vez Mabel se quitó los zapatos antes de acostarse.

El sueño me iba dominando. Yo tampoco me desvestí: solamente me quité los zapatos y el saco, después de haber arrojado el segundo fósforo, y por algún motivo no razonado, a tientas, empujé la cama contra la pared.

Luego me acosté y pasé el brazo derecho por debajo de la cintura de la muchacha, y me dormí de inmediato.

El despertar trajo consigo un nuevo período de desolación.

La luz estaba encendida, Mabel no estaba a mi lado, y mis bronquios se quejaban con intensidad. El frío y la humedad eran realmente crueles y de las paredes descascaradas parecía desprenderse continuamente un aire maligno, enfermante.

Me costó mucho resolverme a salir de la cama. Cuando lo hice, advertí que la pieza no había sido visitada por los seres anónimos; todo presentaba el mismo aspecto de lugar olvidado. Tampoco Mabel había dejado rastros. Allí no había nada que atestiguara su presencia. Sentí una punzada en el corazón ante el presentimiento, casi una certeza, de que había desaparecido de mi vida para siempre.

Retiré la cama y contemplé el boquete. Me pareció increíble que condujera a una linda playita. Volví a empujar la cama contra la pared, dudando de mis recuerdos del día anterior, y me acosté.

Al rato sentí hambre. Me levanté y busqué detrás de la cortina raída de la estantería; sólo había un paquete de arroz, y otro de fideos.

Fui hasta la puerta de salida y espí hacia la pieza vecina. Estaba tan vacía y presentaba un aspecto tan desolado como ésta. Sobre la mesa no había comida fresca. Tampoco había café.

Volví a la estantería y tomé el paquete de arroz. Sin mucho entusiasmo me puse a calentar agua, y herví unos puñados que más tarde comí con desgano. Luego volví a acostarme.

Así pasó esa jornada, y la siguiente, y la tercera. La única variante era que cada vez me sentía más enfermo. Tuve que abandonar la pipa, porque mis bronquios ya no la toleraban. A menudo tosía, con una tos seca que me hacía doler el pecho, y estornudaba. Por momentos me sentía afiebrado.

Pero el secreto de mi enfermedad no estaba tanto en el aire que respiraba como en la espera inútil del regreso de la muchacha.

También sabía que las condiciones se habían hecho más duras, y que cualquier resolución que tomara debería ser formulada dentro de un plazo fijo, muy breve; no podía seguir en esa pieza insalubre, y la comida —el arroz, los fideos— estaba tocando a su fin.

A la jornada siguiente debería resolver qué rumbo tomar: si continuar avanzando, o si retornar a la playa y explorar los nuevos túneles. También, y esta última

posibilidad era más acorde con mi estado de ánimo, podría continuar allí, a esperar la muerte, dándome por vencido. Pero sabía que no habría de hacerlo aunque me lo propusiera. Siempre me resultó imposible elegir un callejón sin salida. Un poco por cobardía, otro poco por curiosidad, siempre había optado por seguir viviendo un rato más.

Al despertar en la cuarta jornada en esa habitación, ya había tomado, íntimamente, una resolución que me pareció atinada: volvería a utilizar el túnel para ir a la playa; era, aunque no contaba con ello, una esperanza de encontrar a Mabel. Una vez en la playa elegiría cualquiera de los otros dos túneles para una exploración cautelosa; en caso de fracasar, siempre tenía la posibilidad de volver a esta pieza, y de allí seguir avanzando en la línea anterior.

Por otra parte, la idea de seguir el avance de rutina también era atractiva. Me parecía evidente que muy pronto debería producirse algún cambio; el deterioro de las piezas no podía continuar de forma indefinida, y aquello tenía que desembocar en algo distinto o, de acuerdo con mi teoría de un lugar circular, encontrarme nuevamente en la primera de las piezas. La verdad es que la única diferencia entre aquella pieza y esta última era la iluminación y el escaso mobiliario.

Pero, de todos modos, elegí la playa. Envolví los últimos granos de arroz cocido en uno de mis papeles y puse el paquete en el bolsillo del saco. Eché un vistazo a mi alrededor y volví a retirar la cama y a dejar el agujero al descubierto. Dudé unos instantes, como buscando inspiración, y al fin me largué por allí.

En esta ocasión, quizá por estar transitando un lugar conocido, el recorrido no me pareció tan largo ni tan penoso; a pesar de mis condiciones físicas, del aire irrespirable y de una nueva sensación de claustrofobia, derivada de la falta de compañía, lo cierto es que llegué a la playita en lo que me pareció un plazo razonable.

Hay imágenes que permanecen en la memoria, que no deberían ser ensuciadas con nuevas versiones. La playita se había registrado en mi mente como un lugar paradisíaco. Con el correr de los días que había pasado en la pieza, esta memoria se había agigantado y ya la playa había pasado a ser un símbolo, no sé si del amor o de la libertad o de la felicidad. De alguna manera había logrado borrar todo el sufrimiento anterior, y sentía que, si alguna vez retornaba a mis lugares cotidianos y narraba a alguien esta historia, ella se habría reducido casi a la escena de la playa, y todos los demás detalles se habrían hecho triviales, como la narración de las vacaciones de un oficinista.

Ahora me enfrentaba a una playa pobre y triste. El sol era pálido, tapado por nubes grises, el mar me parecía sucio y monótono, y el aire me mortificaba en la misma medida que el de la pieza. Una gaviota pasó volando y me gritó algo antes de desaparecer por encima de la muralla, hacia lugares que yo no podía transitar.

Sufrí un acceso de tos. Me subí las solapas del saco y con las manos metidas en los bolsillos contemplé el mar, y el gris de la muralla que se metía en el mar, como el paisaje más triste que hubieran visto mis ojos. Volví a toser.

De pronto me sentí muy viejo y enfermo. Tuve conciencia de un conjunto de cosas que quizá haya ido advirtiéndolo poco a poco sin tenerlas en cuenta; conciencia de la barba desaparecida que poblaba mi rostro, del desgaste imposible de mis ropas, de todos los dolores que sentía en cuerpo y espíritu. Conciencia del dinero inútil que aún conservaba en la billetera, que no había podido evitar que me fuera sumiendo lenta e insensiblemente en una miseria que nunca había imaginado. Conciencia del peso de mis hombros, que me curvaban la espalda, y de mi miedo atroz a esta nueva soledad, que en realidad era la misma de siempre. Algunas situaciones insólitas, algunas mujeres, como últimamente Mabel, lograban a veces disimularla, hacer que me olvidara de ella. Pero ahora que estaba presente con toda su potencia, sentía que esa soledad era quizá la única cosa que poseía en este mundo, la compañera fiel que se me había destinado, a la que nunca podría abandonar.

Me dejé caer en la arena y estuve llorando hasta que el frío llegó a hacerse sentir como un dolor en los huesos. Me levanté, me soné la nariz con el pañuelo, y decidí continuar con mi plan de acción, a pesar de la mente y del cuerpo.

Pero me dio mucho trabajo recorrer los pocos pasos que me separaban de la boca del segundo túnel, y me apoyé contra ella en lo que parecía ser el límite de mis fuerzas. Me sentía muy afiebrado. El dolor se había localizado en un punto sobre el pulmón izquierdo, y se extendía levemente por toda la espalda y la cintura. Las piernas estaban flojas, y los ojos me ardían no sólo por las lágrimas.

Me di cuenta de que no podía intentar una aventura hacia lo desconocido. Utilicé todas mis escasas fuerzas para hacer el recorrido de regreso a la pieza.

Esta vez sí se hizo interminable; creo que incluso llegué a dormir en algunos lugares del túnel, y no tengo idea del tiempo que demoré en llegar, arrastrándome, hasta la cama.

Allí me dejé caer, sin poder ni siquiera sacudir de mis ropas la tierra recogida en el camino.

De las jornadas siguientes conservo una débil memoria de la luz, que se encendió y apagó varias veces, no podría decir cuántas, y de mí mismo levantándome trabajosamente de la cama sólo para abrir la boca bajo la canilla, o utilizar los artefactos sanitarios. Recuerdo también haber hablado mucho, en voz alta, aunque no tengo idea de lo que pude haber dicho.

Cuando me bajó la fiebre y recuperé algo de la lucidez, me levanté para alejarme de allí lo antes posible. Todo mi cuerpo estaba insensibilizado, los movimientos eran mecánicos y apenas si podía pensar. Sé que descarté totalmente la idea de utilizar el túnel, aunque tuve la precaución de dejar abierta la puerta de salida, y poner una silla contra ella para evitar que se cerrara sola. Al meter la mano en el bolsillo del saco, cuando me lo puse, encontré el paquete de arroz que había preparado en días anteriores. Era toda una masa sólida de gusto rancio, pero lo comí con avidez.

Al recorrer las piezas siguientes, dejando siempre abiertas las puertas —aunque luego no cuidaba de poner una silla, un poco porque me sentía demasiado débil para hacer movimientos extra, y otro poco porque algo en mi interior me decía que no valía la pena—, noté que el deterioro del edificio se acentuaba en grados alarmantes; la suciedad se iba acumulando, e incluso en algunas piezas se hacía difícil transitar entre los escombros y las materias en descomposición que cubrían el piso.

En una de ellas me detuve ante un descubrimiento que, entonces, no pude analizar como lo hubiese hecho en algunas jornadas anteriores; me limité a conmoverme muy íntimamente y proseguí mi camino con la mente en blanco y sintiendo el corazón mucho más viejo y débil. Supe que alguien antes que yo había transitado por mi camino. Sobre una puerta, la de salida, alguien había escrito una frase en español; decía:

NO HAY SALIDA. ESTO ES EL INFIERNO.

Había sido grabada con un cuchillo, rayando la pintura y hendiendo un poco la madera; el cuchillo estaba clavado, con rabia, muy hundido en la puerta, debajo de la frase, como única firma.

Luego hallé una pieza con una pared semiderruida; sin embargo, por detrás de esa

pared había otra, descascarada, con el ladrillo a la vista, pero entera, sólida. Me entró el terror de pensar que podría haber una cantidad infinita de paredes superpuestas, como las capas de una cebolla. En adelante los derrumbes se hacían muy frecuentes, y llegaban a faltar trozos enormes de paredes, e incluso del techo: pero el techo derrumbado no dejaba ver el cielo, sino otro techo, y detrás de una pared había siempre otra pared superpuesta.

Ahora, las canillas que funcionaban eran muy escasas, y a menudo debía recorrer grandes distancias antes de poder tomar agua. Mi sed era enorme, e incluso el gusto del agua había variado, se había hecho más salobre, o más bien metálico, y no encontraba manera de saciar mi sed.

Era inútil, también, buscar algo de comer. Sólo encontraba restos de muebles. Pero afortunadamente mi hambre podía esperar; la fiebre me la había quitado casi por completo. De todos modos, aquello se aproximaba a un final; presentí que no era un final agradable, y que muy probablemente se tratara del mío propio.

Ya era imposible regular las jornadas por la luz eléctrica; en muchas piezas las lamparitas estaban quemadas, o simplemente faltaban, y en las otras la luz se hacía cada vez más débil, como si la tensión fuera en constante caída, y al parecer nunca se apagaban; o, quizá, yo tenía muy alterado mi sentido del tiempo, o se encendían y se apagaban a un ritmo distinto.

Para dormir me arrojaba sobre el montón de escombros que me parecía menos incómodo, y no se me ocurría pensar que la luz fuera una molestia.

El paso siguiente, no sé si después de jornadas o de pocas horas, fue comprobar que de algunos caños rotos manaba agua, y que ésta inundaba el piso de algunas piezas. Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era regresar por donde había venido, volver al túnel y a la playa y de allí explorar los otros túneles. Me reí; no podría haberlo hecho. Por otra parte me aferraba a mi teoría de que aquello tenía que terminarse, de alguna manera, pronto; al mismo tiempo sentía curiosidad por saber de mi predecesor, esperaba alguna otra de sus huellas.

Pensé que si resistía lo suficiente, en algún momento, después del peor grado de lo peor, las cosas tenían que mejorar; y de cualquier manera, ya sin voluntad ni fuerzas, me hubiese resultado muy difícil hacer algo distinto que avanzar, hacia donde pudiera.

A pesar de que mi cabeza trabajaba de continuo, siempre impulsada por la fiebre, muy pocos razonamientos llegaban a la superficie. Por lo general me movía de una manera insensible, mecánica, con un ruido en la mente como el de las olas del mar, y percibía confusamente una maraña de pensamientos entremezclados que pugnaban por hacerse oír, pero no tenía ganas de desenredarlos.

De vez en cuando volvía a mi memoria la imagen de Mabel; a veces se mezclaba con la de Ana, y notaba que ya las había agrupado a ambas en un distante pasado, un

pasado que me resultaba ajeno, como una película vista, y ya no me dolía no estar cerca de ellas. Me sentía como habiendo dado los primeros pasos en la muerte; seguía vivo, pero muchas cosas habían muerto dentro de mí, y sentía que todo lo que quedaba de mí era ese cuerpo moviéndose insensiblemente, y una vaga memoria, y una mente que se destruía a gran velocidad.

Me acostumbré a hacer un poco de alpinismo sobre los escombros, sobre todo en aquellos lugares en que confluían los charcos de agua de distintos caños y la inundación alcanzaba un nivel molesto; aún no era un problema grave, y en la mayor parte del recorrido sólo alcanzaba a mojarme los zapatos.

Sobre uno de estos montones de escombros, al dar un rodeo en busca de un camino más seco, encontré a mi predecesor, agonizante.

Nunca había visto agonizar a un hombre. Tenía los ojos abiertos y dejaba escapar un ronquido casi constante. Su cabeza estaba próxima a la pared húmeda, por la que chorreaba un hilo de agua; supuse que hasta hacía muy poco tiempo le bastaba estirar un poco la cabeza para mojar los labios en esa agua, no muy limpia.

Ahora parecía impedido de todo movimiento; su cuerpo estaba contraído, un poco siguiendo la disposición de los escombros. Sus ropas estaban tan raídas que a primera vista parecían retazos de género que le hubieran tirado por encima de cualquier manera.

Aparentaba ser muy viejo; sin embargo, sus cabellos no eran blancos, sino que estaban sucios de tierra y revoque, lo mismo que la barba, larga y tupida; cerca de su cuerpo vi un par de lentes, rotos.

Sabía que no podía hacer nada por él, pero me resistía a irme. Lo único que se me ocurrió fue llenar de agua el hueco de mi mano y dejarla deslizarse entre sus labios; pero no vi que hiciera ningún movimiento para tragar.

Me senté a contemplarlo, sobre un montículo de escombros. A todos los elementos deprimentes, más bien demoledores, que había ido coleccionando a lo largo de aquellos días, se sumaba ahora esta imagen que parecía un ejemplo de lo que habría de ser yo mismo en pocas horas.

De pronto dejó escapar un ronquido distinto y me pareció que en sus ojos había una variante, algo parecido a un brillo inteligente. En efecto: volvió con mucha lentitud sus ojos hacia mí, y sus labios se movieron apenas.

—... El infierno —dijo, y siguió murmurando cosas incomprensibles. Me acerqué todo lo que pude; nuestras cabezas llegaron a estar muy juntas.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté con desesperación, pensando en él más que en mí. Sabía que la pregunta era inútil. No me respondió. Volvió a hablar del infierno y empezó a mezclar palabras, muchas incomprensibles.

—... arañas, es el infierno, la noche, ahora... el túnel... violeta, la luz violeta, el infierno... el mar, el mar.

—¿Estuviste en la playa? ¿Debo volver allá?

Me miró con horror. No sé si lograba verme.

—... la playa, las arañas...

Continuó así, un rato, hasta que sus ojos quedaron otra vez en punto muerto, y recuperó el ronquido monótono.

Me volví a sentir muy afiebrado y a punto de desmayarme. Le alcancé más agua y esta vez la escupió decididamente. Resolví abandonarlo. No podía más.

Pienso que no me gustaría, en una situación similar, que un ser humano hiciera lo mismo conmigo. Me sentí cobarde, impotente, y me fui cargando de culpa por anticipado; se veía claramente que nada podía hacer por él, ni siquiera sabía si podía hacer algo por mí mismo. Sin embargo había un sentimiento atávico, supersticioso, religioso o no sé qué diablos que me reprochaba la idea de abandonarlo; al mismo tiempo, quedarme significaba también la culpa de mi impotencia y del deseo —que ya sentía salir a flote— de que ese hombre muriera de una buena vez. Con horror, con pena, me di vuelta y continué mi camino sin mirar atrás, tratando de no pensar.

Al cabo de un trecho el agua que inundaba las piezas era ya la norma, algo habitual, y subía. Después, mucho más adelante, empezaron a aparecer los esqueletos humanos, y las ratas.

Al principio fue uno, colgado por el cuello, de una cuerda, o un cinturón, que pendía de una viga del techo descubierta por un derrumbe; luego se fueron haciendo más frecuentes, y algunos estaban aún vestidos con restos de ropas, y en una pieza había una familia entera de ellos, muy próximos uno del otro, como en una reunión final.

Debí dormir en lugares oscuros con la sospecha de la proximidad de algún esqueleto. Sólo dormía cuando no podía dar un paso más. Luego no me atrevía a dormir en ningún lado; al principio por la certeza de que había esqueletos por todas partes, y que sólo bastaría con remover un poco los escombros sobre los que me echaba, para encontrar alguno; luego por las ratas.

Debí armarme con la pata de una mesa rota, y llenarme los bolsillos de escombros de tamaño apropiado; las ratas iban en aumento y se volvían cada vez más atrevidas; incluso llegaron a acercarse nadando, en lugares muy inundados, para atacarme.

Ya no existían puertas, que parecían haber sido arrancadas de sus marcos, y cuando hallaba alguna era imposible moverla, por los escombros acumulados. Los derrumbes incluían ahora también trozos de la otra pared, la superpuesta, pero tampoco llegaba a verse qué había del otro lado: una tercera pared, sólida y entera, cubría las derrumbadas.

Milagrosamente crecía de tanto en tanto algún arbusto, en húmedos huecos en las paredes, y por todas partes había musgo y yuyos. En una pieza encontré, emergiendo de una rajadura muy profunda, una tímida flor amarilla.

Me había convertido en un ser fantasmal que avanzaba tambaleante; sin embargo, a pesar del hambre, el sueño, el dolor y los mil motivos de desesperación acumulados, había logrado liberarme de todo sentimiento, de toda sensibilidad, y me había aferrado a la única idea en la que creía firmemente: que sólo se trataba de un torneo de resistencia, entre ese lugar y yo. Una de las dos cosas habría de terminarse, por fuerza, muy pronto. Lo único que cabía era avanzar; detenerse era simplemente morir. Mientras tanto, la edificación se prolongaba, agregando deterioros hasta grados increíbles, pero seguía en pie, tan hermética como al principio.

Mi paso no sólo no se debilitaba, sino que mis piernas me llevaban, o al menos así lo creía yo, a mayor velocidad. El sueño me hacía confundir las cosas, y estaba ya acostumbrado a caerme a menudo, por pisar mal, o por ver un camino allí donde había escombros o agua.

Todo había adquirido un tinte tan pesadillesco —y mi vigilia era algo tan parecido al sueño— que, en medio de la fiebre, comencé a sentir cierta felicidad de estar viviendo esta experiencia insólita. Me alegraba, incluso, de estar despierto; me hubiese decepcionado despertar de una pesadilla.

Interiormente estaba convencido de mi derrota, y ya me daba por muerto, como a mi predecesor. Entonces a cada paso perdía un poco más el interés por mí mismo, y lo particular de todo lo que me rodeaba cobraba, por contraste, mayor interés. Me había casi despersonalizado, integrándome como un elemento más a aquella decoración, que llegaba a ser hermosa en toda su miseria; como un esqueleto más, una rata más, un pedazo de ladrillo.

Pero el recorrido entre las piezas llegó justo al límite de lo transitable; me vi obligado a apartar escombros para poder seguir avanzando. No pude serle fiel a mi teoría hasta el final.

Pienso, porque no quiero engañarme, que mi teoría era correcta, aunque no tengo modo de demostrarlo. Pienso que estaba muy próxima una solución favorable.

Pero la tentación de una tercera puerta, que inesperadamente se mostraba en la pared izquierda de una nueva pieza, una tercera puerta libre de escombros —mientras que la abertura de salida estaba casi totalmente tapada—, era insoslayable. No dudé un instante; ni siquiera tuve fuerzas, o la inteligencia de planteármelo, para quitar

algunos escombros y, mirar, al menos, hacia la pieza siguiente. Abrí la tercera puerta y empecé a andar por un corredor, largo y mal iluminado, pero seco, que allí nacía.

El corredor no presentaba aberturas, al menos por mí perceptibles en estos momentos; en cambio, de vez en cuando se bifurcaba, y yo elegía al azar; me apoyaba con las manos en las paredes, a veces me detenía unos momentos, para luego continuar tambaleando, pegando con un hombro contra una pared, rebotando hacia la otra, dando, alguna vez, algún paso hacia atrás, fuera de mi voluntad, hasta que hallé, nuevamente, una puerta.

La abrí.

Segunda parte

Vi un lugar amplio, iluminado por el sol y a poca distancia una carpa pequeña, color verde oscuro. Luego advertí dos hombres, de pie al lado de un limonero que crecía junto a un largo paredón, cerca de una fuente blanca. Uno de ellos, el más alto y robusto, le dijo al otro en voz exageradamente audible:

—La carpa nos está resultando chica.

Estas palabras, las primeras que oía en mucho tiempo, y en un idioma familiar, hicieron que aflojara el sentido de responsabilidad acerca de mi propia persona. Me desmayé.

Según ellos, el hombre alto había alcanzado a sujetarme por debajo de los brazos y evitó que me lastimara al caer; y fueron tres días enteros los que pasé sin conocimiento, en medio de su temor de que no volviera a recobrarlo nunca y de la preocupación por las escasas atenciones que podían prodigarme.

Sin embargo, esta pérdida de conocimiento no fue constante ni absoluta, y en mi memoria se presentan mezcladas una serie de imágenes, algunas que siento como verdaderas, otras claramente soñadas; y también siento esos tres días como un período mucho más largo, que tal vez podría abarcar varias semanas.

Mis recuerdos, soñados o no, incluyen pasajes por nuevos pasillos, un rostro de mujer muy próximo al mío, que me sonreía; varias figuras en movimiento a mi alrededor, como ejecutando pasos de danza; una visita a un lugar alto y circular, como la torre de un castillo, que tenía en medio del piso una argolla de hierro, muy gruesa y pesada, y en las paredes ventanitas altas y con barrotes; una puerta que daba al vacío, y allá abajo, lejano, el ruido del mar (estaba oscuro, y yo había estado a punto de caer al vacío); un galpón enorme, también visto desde una gran altura, con figuras aparentemente humanas, que se movían, allá abajo, alrededor de una hoguera; una conversación muy extensa con Ana, quien a ratos se transformaba en Mabel, y, finalmente, el hombre alto, de bigotes, o el otro, que era más bajo y rubio, siempre con lentes oscuros, quienes se alternaban en una guardia permanente junto a mi lecho. De vez en cuando se me acercaban con un vaso de agua. Y en una ocasión recuerdo haberlos visto a los dos juntos, de pie, conversando en voz baja.

Al cuarto día, entonces, debió de ser cuando logré mi primera vigilia real más o menos extensa; abrí los ojos, y después de un largo rato de adaptación pude hacerme

una composición de lugar: estaba dentro de la carpa, enfundado en una bolsa de dormir; a pocos pasos, sentado en el suelo, se hallaba el hombre rubio; me miraba sonriente pero se mantenía en silencio.

Enseguida volví a cerrar los ojos y caí en una inconsciencia más liviana, tal vez un sueño natural, profundo. De este sueño salí varias veces, y cada vez que recaía en él lo iba sintiendo menos profundo y, por último, aún dormido apreciaba el paso del tiempo de una manera habitual.

Cuando logré permanecer con los ojos abiertos intenté hablar, pero tenía grandes dificultades. Quería explicaciones; como borracho, con la lengua torpe y la boca pastosa, le preguntaba al hombre rubio qué había sucedido, qué estábamos haciendo allí. No sé si me entendió.

—No hable por ahora —dijo, y sus palabras me llegaron con nitidez—. Ya tendremos oportunidad de charlar largamente. —Se aproximó y me acercó un vaso con agua, del que tomé algunos sorbos—. Todo anda bien —agregó—. No se preocupe.

Me dejé estar, entonces, confiado, unas horas más. Cuando desperté volví a sentirme lúcido y muy fuerte, y aproveché que esta vez no había nadie a la vista para maniobrar con el cierre metálico de la bolsa hasta conseguir salir de ella e incorporarme. De inmediato me sentí mareado y débil; tuve que contener mis movimientos, porque sentía que cualquiera de ellos, un poco demasiado brusco, podría haberme hecho desmayar de nuevo. Mis ropas estaban apiladas sobre una sillita de lona, cerca de la bolsa de dormir, y me las fui poniendo lentamente. Como aun así sentía frío, me eché por encima una manta que tomé de otro de los lechos tendidos en la carpa.

Salí, y en aquella especie de patio encontré a los dos hombres. El sol estaba próximo a ocultarse.

Se sorprendieron al verme aparecer y sonrieron.

—De modo que no hay velorio —dijo el alto, tendiéndome la mano. Tenía una camisa gruesa, a cuadros rojos y verdes, y parecía un hombre sencillo y bonachón—. Me llamo Bermúdez. Y éste —agregó señalando al rubio— es el Alemán.

Estreché la mano de ambos y les agradecí esa constante atención que había logrado observar, mal que bien, en estos días. Bermúdez se encogió de hombros.

—No se podía hacer mucho, desgraciadamente —dijo. De inmediato, a riesgo de parecer descortés, di por agotado el tema y me lancé a hacerles las preguntas: dónde estábamos, qué hacíamos allí, por qué, etcétera. Pronto se desvaneció la esperanza que había nacido al verlos: estaban tan desconcertados y perdidos como yo. Toldas las respuestas que obtuve fueron negativas. En principio se miraron, dubitativos; sin duda se preguntaban si yo estaría en condiciones de recibir semejante desengaño. Luego, lentamente, entre uno y otro, con un tono que trataba de ser filosófico o

indiferente, con mucha paciencia, me fueron informando mediante rodeos de que realmente no tenían ninguna información para darme.

El sol proyectaba aún la sombra alargada de las rejas puntiagudas de la verja. El rubio se alejó unos pasos, con los hombros un tanto alzados, y comenzó a seleccionar unas ramas y leñitas para hacer fuego. Yo desvié los ojos a los de Bermúdez, quien me observaba en actitud expectante, y dejé caer la cabeza sobre el pecho y me encerré en un silencio absoluto, mientras trataba de contener un torrente de pensamientos oscuros que, otra vez, comenzaban a invadirme y atormentarme. Me mordí los labios.

—Creo que voy a volver un rato a la bolsa de dormir —dije, por fin, y Bermúdez meneó la cabeza afirmativa, gravemente.

Entre mis apuntes figura un dibujo, el plano del patio. Tomando como punto de referencia la desembocadura del pasillo que me había llevado hasta allí, ubicada en una pared alta, de unos seis o siete metros de largo, si yo me paraba junto a esa puerta, como volviendo a salir al patio desde el pasillo, tenía a mi izquierda el enorme paredón principal, y a mi derecha el murito que sostenía la verja. Esta pared formaba un ángulo ligeramente obtuso con el paredón y uno ligeramente agudo con la verja. Enfrente, otra pared similar a ésta. El patio tenía una forma casi rectangular, en realidad un trapecio. El largo del paredón sería de unos doce metros, tal vez un poco más. Todo el patio estaba bordeado interiormente por un cantero de tierra, limitado por un cordón de ladrillos, y se veían algunas plantas; justamente en el rincón formado por el muro de la verja y la pared norte había unos matorrales que servían de biombo para el excusado —un agujero en la tierra del cantero.

Las tres paredes altas presentaban distintas aberturas, con o sin puertas, a distintos niveles del suelo. Junto al paredón, y aproximadamente en su mitad, crecía un limonero y, un poco más allá, adosada a la pared, había una blanca fuente de mármol, con una canilla, y el relieve de la cabeza de un león marmóreo que echaba un débil chorro de agua por la boca.

Sobre el suelo de tierra, con algunos trozos aislados cubiertos por baldosas similares a las de las veredas de calle, crecían también otros arbustos. El murito de la derecha se interrumpía para dejar paso a un portón, formado por las mismas barras verticales de la verja, pero que llegaban hasta el suelo; el portón constaba de dos hojas y no presentaba inconvenientes para ser abierto o cerrado. Del otro lado de la verja había una zona descampada, y en el portón se iniciaba un antiguo y gastado caminito de pedregullo; más allá del descampado, a no más de doscientos metros de la verja, se veía una selva compacta, en la cual se perdía el caminito. La carpa estaba situada en un punto próximo al centro del patio, más cerca de la verja que del paredón.

Éste fue el lugar de mi convalecencia, la que me pareció muy larga; las fuerzas volvían a mí con lentitud, y era muy escaso el tiempo de vigilia y de actividad que iba ganando día a día; pero no hubo recaídas, y la mejoría era evidente. Después, sacando cuentas, llegué a la conclusión de que no fue una convalecencia de más de ocho o

nueve días; aunque, en ese lugar, el tiempo solía hacer algunas jugarretas.

Fuimos intercambiando nuestras historias de forma desordenada. Las suyas eran tan difíciles de creer como la mía. Bermúdez, por ejemplo, tenía una idea exclusivamente selvática y campestre del lugar. Todo había comenzado, según sus palabras, con la compra de la carpa y la intención de hacer turismo para tratar de olvidar por unos días sus problemas familiares y cotidianos.

Había ido a acampar a un lugar habitual y amable, un parque en las proximidades de un arroyito. Un día se alejó demasiado, en tren de caza, y se encontró de pronto en una selva húmeda, con árboles altos y lianas, oscura y densa. Lo sorprendió luego encontrarse con una puerta y notar además, a los lejos, por detrás de los árboles, unas paredes increíblemente altas, grises. Se sintió atrapado, entrampado. Por fin se decidió a abrir la puerta, que estaba sobre una pared larga y cubierta de enredaderas, protegida y disimulada por árboles y plantas, y entró en una pieza que tenía forma de rombo. Estaba casi vacía, y en un rincón, ovillado y asemejándose a un tapado de piel abandonado, había un gorila. Cuando el mono comenzó a incorporarse, como despertando lentamente de un sueño, Bermúdez no pudo volver a abrir la puerta, que se había cerrado, y apenas tuvo tiempo de dar muerte al gorila con el fusil. Pensó que, sin querer, había entrado en un zoológico, y se sintió culpable.

—Vi otra puerta —contaba— y no tuve más remedio que salir por allí; pero la puerta daba a una escalera, que llevaba a una especie de altillo, y la única salida del altillo era un balcón, que daba a un patio, y tuve que descolgarme por el balcón, agarrado a una cañería, y del patio salí a un campo.

La historia se hacía interminable. Había accedido a otros lugares selváticos o bosques, e incluía anécdotas de lucha con animales salvajes. Encontró finalmente su carpa, en un lugar totalmente distinto al que creía haberla dejado, y pudo rescatarla junto con el resto de su equipo a riesgo de ser devorado por caimanes. Por momentos la historia se volvía ridícula, en labios de un adulto, y se me hacía difícil contener la sonrisa; pero Bermúdez estaba muy serio y, en realidad, yo no tenía motivos para dudar de ninguno de los detalles. Al narrar mi propia historia notaba, de tanto en tanto, la misma sombra de incredulidad en los rostros de mis interlocutores; e incluso debí omitir algunos detalles, como por ejemplo la aventura con Mabel, para hacerla un tanto más creíble.

El Alemán, por su parte, no se quedaba atrás. De acuerdo con su historia, deshilvanada y dicha en voz baja, un poco entre dientes, y que debí reconstruir, y aun cubrir ciertos pasajes con detalles extraídos de mi imaginación, había dedicado los últimos años de su vida a lamentarse de que su mujer lo hubiese abandonado, llevándose con ella a sus dos hijos (el Alemán, a todo esto, era en realidad hijo de paraguayos con lejana ascendencia germánica).

Hacía unos días se había embarcado para probar fortuna en Buenos Aires. Se

durmió en la travesía nocturna, y al despertar comprobó que el barco estaba vacío, anclado en un puerto desconocido y desierto.

Ambuló por este puerto y por un pueblito también deshabitado, hasta encontrar un hotel: en la puerta había dos mujeres, y lo llamaron. Una vez adentro pasó varios días con las mujeres (y aquí el Alemán adquiere una mayor fluidez en el lenguaje y exhibe una especie de catálogo informativo de las infinitas fórmulas del erotismo) hasta que un día descubrió que la puerta por la que había entrado no podía abrirse, y que no había otras puertas al exterior. Por otra parte, las mujeres hablaban un idioma muy extraño, y a veces parecían burlarse de él. Intentó, al principio, desechar la preocupación: disponía de todas las habitaciones de un hotel, grande y lujoso, para que las dos mujeres le hicieran olvidar la tristeza por la esposa y los hijos perdidos; pero en cierto momento no pudo resistir más allí dentro (y se sentía un poco avergonzado al narrarlo, como si yo no pudiera entender la claustrofobia y, más aún, ese sentimiento de ajenidad e incomunicación con las mujeres burlonas). Huyó por la azotea.

Durante un tiempo estuvo acompañado sólo por unos gatos; desde ese lugar parecía como que el pueblo entero estuviese formado únicamente por azoteas, sin calles ni plazas, ni el menor espacio libre entre un edificio y otro. Cuando decidió deslizarse al interior de una casa, se dio cuenta de que no había otra forma de salir, aparte de la puerta de la azotea por la que había entrado, que unos pasillos y túneles, por los que finalmente optó luego de muchas dudas y temores. Estos túneles lo llevaron, luego de varias idas y vueltas, a otros lugares cerrados y desiertos.

Cuando ya había comenzado nuevamente su vida de lamentaciones, esta vez por haber abandonado el hotel y las dos mujeres, logró acceder al patio, Pero previamente había tenido un par de aventuras que, según dijo, casi lograron desequilibrarlo.

En uno de los pasillos había sido perseguido tenazmente por un hombre alto de sobretodo raído, quien trataba de convencerlo en un idioma extranjero ayudándose con señas, de que le comprara unos billetes de lotería que llevaba colgando en una tira, en la mano derecha, y de quien le costó más de una jornada desprenderse.

Y en otro de los lugares, sumergida en una enorme pecera incrustada en la pared, había visto ahogarse a una muchacha, desnuda en un agua verde, sin poder hacer nada por evitarlo; el vidrio había resistido todos sus embates, y sólo consiguió sacarse un hombro, que aún le dolía con tiempo húmedo.

Me enteré de que había otras personas ligadas a este patio. Por los agujeros, con o sin puertas, de las paredes (que Bermúdez recomendaba no descuidar jamás, aunque hasta el momento no habían traído nada peligroso) habíamos aparecido, en este orden, Bermúdez, el Alemán, alguien a quien llamaban (nunca supe el motivo) «el Farmacéutico», el Francés, un alemán auténtico y yo. El Francés era realmente un francés, que a duras penas lograba entenderse con ellos. El Farmacéutico, según Bermúdez, estaba loco porque siempre contaba una historia distinta de su llegada a ese lugar, y parecía ser en realidad un maquinista de ferrocarril. El «alemán auténtico», con quien el rubio apenas podía cambiar algunas palabras, permaneció hosco, en un silencio expectante y agresivo, durante algunos días; después desapareció, sin que nadie viera por dónde ni cómo, ni supiera por qué.

El Francés y el Farmacéutico habían salido, poco antes de mi aparición, en un intento de explorar los alrededores, es decir, la selva. Su ausencia prolongada preocupaba bastante a Bermúdez.

Él y el Alemán se turnaban en los quehaceres, más complejos de lo que yo sospechaba al principio. Luego yo también me incorporé a las tareas, pero, mientras tanto, pasaba la mayor parte del tiempo arrebujaado en la frazada, sentado en el suelo cerca del fuego, del que se ocupaba pacientemente el Alemán, manteniéndolo con gran ahorro de leña o avivándolo llegado el momento; y yo meditaba todo lo que mi estado me lo permitía, y luego fui retomando mi costumbre de hacer anotaciones.

Estábamos bastante bien equipados: Bermúdez se había aprovisionado exageradamente para sus vacaciones turísticas, y consumíamos de forma moderada su café instantáneo y la leche en polvo, latas de conserva y cosas por el estilo; y todavía había algunos restos aprovechables de carne fresca de venado, fruto de una cacería de días anteriores. Esta carne la salaban y luego la asaban para mantenerla, pero ya comenzaba a oler mal y se hablaba de una nueva cacería. Sin embargo, había que esperar un poco más: al Francés y al Farmacéutico, o a que yo me repusiera del todo. Se trataba de dispersar lo menos posible a la gente.

Bermúdez y el Alemán acostumbraban afeitarse, e incluso ya se habían cortado el pelo mutuamente en una oportunidad. Bermúdez me ofreció sus implementos. De ellos me interesaba solamente el espejo. De antemano rechazaba la idea de afeitarme;

me parecía que el aspecto adquirido, cualquiera que fuese, tendría su razón de ser, era como una muestra viva, un diario de viaje de las cosas sufridas. Pero me interesaba mirarme al espejo; en todo ese tiempo allí no había encontrado ninguno, y me producía una sensación extraña no tener esa referencia de mi aspecto. No era, exactamente, como si me hubiese olvidado de mis rasgos; pero necesitaba alguna confirmación. También sabía que al mirarme perdería algo importante, justamente esa sensación que no puedo explicar.

Era un espejo pequeño, con el azogue saltado en varios lugares, pero no distorsionaba la imagen. Es posible que exagere mi descripción, pero al mirarme sentí que era exactamente así: la imagen de un ser sumamente delgado, con una terrible masa de pelo hirsuto y desparejo, y ojos de loco; la barba me había crecido a un grado tal que parecía que la llevaba desde hacía años. Recordé que en una oportunidad había estado un año sin afeitarme, y no había conseguido una barba de dimensiones parecidas.

El pelo se extendía en todas las direcciones, un tanto erizado, e incluso me caía sobre la frente, dándome un aspecto de estupidez del cual apenas me salvaban los ojos, los que me parecieron de una agudeza que nunca antes habían mostrado, una inteligencia un tanto salvaje; eran más pequeños y alargados, astutos, y en las pupilas noté un brillo paranoico o febril.

De todos modos me mantuve en mi decisión de no afeitarme y rechacé un amable ofrecimiento del Alemán de cortarme el pelo; me limité a ordenármelo un poco con las manos, teniendo cuidado de echarlo hacia atrás, dejando al descubierto la frente para no parecer tan estúpido.

Anochece, y Bermúdez me dijo:

—Usted es todavía un huésped de honor, pero lo noto bastante recuperado. Trate de descansar bien esta noche, porque desde mañana deberá comenzar a integrar la guardia.

Me explicó que, dados los riesgos desconocidos que se suponía podían acecharnos, había, de noche, una guardia permanente; en estos momentos sólo quedaban ellos dos, por lo que los turnos eran muy sacrificados. Yo protesté, asegurando sentirme bastante bien como para cumplir unas horas de guardia esa misma noche, pero Bermúdez insistió en esperar veinticuatro horas. También insistieron, ambos, para que continuara ocupando la bolsa, que era la forma más cómoda y abrigada de pasar la noche.

Luego Bermúdez se puso ropas muy gruesas y un sobretodo, y una gorra de cazador con aletas que le tapaban las orejas, y controló que el revólver que llevaba al cinto estuviera listo para ser usado. Tomó una linterna que había en una mochila, bajó la llama del farol de queroseno y la apagó de un soplido, y nos dio las buenas noches.

—Son las doce en punto —dijo, y me extrañó mucho saber la hora—. A las

cuatro, el Alemán me releva; y a las ocho todo el mundo en pie.

—Las ocho —me despertó la voz del Alemán.

No había logrado dormir bien. Apenas había puesto la cabeza en la almohada, ya habían comenzado los ronquidos del Alemán; yo, a pesar de la comodidad de la bolsa, me revolví inquieto durante horas antes de conseguir dormirme. Este encuentro, cuyos alcances no había podido aún medir, ni imagina, me excitaba; de alguna forma me sentía contento, pero también había un dejo de aprehensión cuyo origen no podía localizar; quizá me había acostumbrado a la soledad, o quizá me molestaba que la compañía fuera la de esta gente extraordinaria desde muchos puntos de vista, pero con quienes no lograba un grado muy aceptable de comunicación.

Me pareció que recién conciliaba el sueño cuando me despertó un movimiento en la carpa; una vez hecha la composición de lugar, comprendí que era el cambio de guardia. Enseguida los ronquidos de Bermúdez sustituyeron a los del Alemán.

El desayuno consistió nuevamente en galleta y café instantáneo. La jornada fue poco interesante, aunque la tensión crecía por la falta de noticias de los exploradores. De ellos se habló, naturalmente, y así pude enterarme de parte de sus historias. Bermúdez insistió en que el Farmacéutico debía de estar loco.

—Una vez —dijo— me contó que había llegado a este lugar tragado por un remolino; dijo que había salido a pescar en un bote, y que de pronto un remolino lo absorbió. Pero a éste —y señaló al Alemán, quien asintió de antemano con pequeñas oscilaciones de la cabeza— le dijo que fue en el consultorio de un dentista, en el momento en que le sacaban una muela; sintió que se la arrancaban de un tirón, y tenía los ojos cerrados, y como después no sintiera más nada los abrió, y encontró el consultorio vacío. Estuvo un rato escupiendo sangre, y después se aburrió y se fue del consultorio, para encontrarse en un lugar completamente distinto.

El Alemán volvió a confirmar con la cabeza.

—Después —prosiguió Bermúdez— me volvió a contar una historia distinta: que manejaba una locomotora que arrastraba una serie de vagones, y se metió en un túnel habitual, y que al salir del túnel se encontró con que las vías terminaban, más allá, junto a unas luces coloradas, y que estaba en un lugar desconocido; después, al bajarse, se dio cuenta de que estaba solo con la locomotora: el resto del tren había desaparecido.

»Y no creo que sea un mentiroso. En general es un tipo muy correcto. Lo que pasa es que debe de estar loco.

Luego se habló del Francés. Bermúdez lo había encontrado leyendo un libro a la sombra de un árbol, junto a un arroyo, a punto de ser devorado por un león que se le había estado acercando sigilosamente. Bermúdez usó con precisión el fusil, y mató al león con una sola bala. Parece ser que el Francés es un hombre de sangre fría; agradeció amablemente a Bermúdez que le hubiera salvado la vida, pero, según Bermúdez, había un fondo de total indiferencia en él. Y sospechaba que sabía más español de lo que daba a entender, pero que prefería mantenerse aparte de las conversaciones, siempre con su aire de indiferencia, los hombros alzados, la espalda un tanto encorvada, leyendo o con las manos en los bolsillos, y la vista perdida en la selva o en algún punto imaginario. Después de lo del león se había apartado de Bermúdez hasta el reencuentro que se produjo cuando apareció por una de las puertas del paredón, sin dar mayores explicaciones, escudándose, siempre según Bermúdez, en su aparente ignorancia del idioma.

El Alemán tomó luego la palabra, con cierta timidez, para terminar impulsando la conversación hacia temas eróticos. Cuando se hicieron las doce, Bermúdez me entregó el reloj, la linterna y el revólver, y me repitió algunas recomendaciones.

—Sobre todo, no jodas con la linterna —me dijo, pasando a un tuteo que me cayó simpático—. Hay que cuidar las pilas.

Se metieron en la carpa y les di las buenas noches. Me ubiqué en un lugar próximo a la fuente, al que llegué a tientas porque no se veía nada, y entre nervioso por tener la responsabilidad nueva de esta misión, y disgustado porque me parecía una precaución inútil, comencé a cumplir mi primera guardia, en la que casi le ahorro al Francés el trabajo que se tomaría algunos días más tarde de volarse la cabeza de un tiro.

—*Est-ce que tu es fou? C'est moi, merde!* —gritó un vozarrón desesperado: yo estaba aburrido, golpeando los pies contra el suelo para calentarlos o dando pequeños paseos que siempre terminaban en la fuente de mármol, cuyo borde era demasiado frío para sentarse; habrían pasado un par de horas, es decir, la mitad de mi turno, cuando oí ruido de pasos.

—¿Quién anda ahí? —me pareció gritar, pero luego se supo que mi voz había sonado demasiado débilmente. Al no obtener respuesta, guardé silencio y oí que el portón se abría, rechinando; entonces me asusté y esta vez sí, grité con toda la fuerza:

—¡Alto, o disparo! —pero no di tiempo a que el Francés se identificara; mi dedo oprimió el gatillo y sonó un balazo que retumbó largamente; el Francés gritó. Los de la carpa se movilizaron, gritando también y tratando de encender el farol. Después Bermúdez me recriminó por no haber usado la linterna, pero en realidad había intentado hacerlo al escuchar los primeros ruidos; simplemente que, por no gastar las pilas, hacía tiempo que no la encendían y nadie había tenido la precaución de probarla. La linterna no andaba.

Rodeamos al Francés y comprobamos con alivio que estaba ileso. Había regresado solo, y en ese momento mostraba un aspecto de serenidad total. Bermúdez, una vez pasada la agitación, le preguntó ansiosamente qué les había sucedido.

—Nada —respondió el Francés con tranquilidad, y luego pasó a explicar trabajosamente, en una lengua que mezclaba el francés con el español y algunos vocablos desconocidos, que la aventura en la selva había sido muy pobre—. Ni un animal, ni una persona, todo silencioso y desierto, anduvimos un día entero dando vueltas como tontos. La selva se vuelve complicada más allá, y es difícil avanzar sin machete. Mejor bulldozer. Pero creo que no vale la pena —terminó, encogiéndose de hombros. A la luz del farol se veía una cara hermosa, bordeada por largo pelo lacio y barba negruzca y larga, con reflejos rojizos. Tendría unos treinta años, quizá menos.

—¿Y el Farmacéutico? —preguntó Bermúdez, visiblemente decepcionado. El Francés volvió a encogerse de hombros.

—Está loco. Empezó a ver una luz que se movía, y yo no veía nada. Me arrastré durante toda una noche, hasta el amanecer, detrás de la bendita luz: «¿Qué luz?», le preguntaba yo, y él se enojaba: «Esa luz, ¿no ves?, esa luz». A la noche siguiente me

aburrí de seguirlo y me quedé a dormir en un árbol. Después lo perdí.

Todos, y especialmente Bermúdez, estábamos asombrados por la fría tranquilidad del Francés, capaz de dormir en un árbol de la selva; y nos miramos en una especie de entendimiento desconfiado, por muchos motivos; entre ellos, que el Francés hubiese podido hallar en plena oscuridad el camino de vuelta al patio. Bermúdez se animó a preguntárselo directamente.

—Suerte —respondió el Francés, con un nuevo encogimiento de hombros. Luego agregó con aire ingenuo—: ¿Por qué no?

El Alemán preparó café instantáneo. Después de beberlo advertí que mi guardia había terminado, y le pasé el reloj y el resto de las cosas a Bermúdez.

La carpa había sido pensada para dos personas, y aunque todavía quedaba espacio, se volvía incómoda. Le pedí a Bermúdez que tratara de dejarme dormir más allá de las ocho; el frío y el nerviosismo me tenían mal, y temía una recaída. Él quedó sentado en la fuente, junto al farol, tratando de arreglar la linterna. Los demás nos metimos en la carpa.

Descubrí, antes de dormirme, por qué me sonaba especialmente falsa la historia del Francés: se trataba del tiempo. Él hablaba como si sólo hubiese estado fuera durante dos o tres días, y habían pasado, según mis cálculos, por lo menos diez o doce desde que junto al Farmacéutico habían salido en su exploración, antes de mi llegada al patio. En resumen, tardé mucho en dormirme y no dormí bien. Y a pesar de mi pedido a Bermúdez, fui despertado a las ocho como todo el mundo.

Pasé el día dormitando, tirado en el suelo, al sol, o refugiándome a veces en la carpa. También tuve oportunidad de charlar con el Francés. Su historia coincidía con lo que me había contado Bermúdez, incluyendo lo del león (aunque, desde luego, hasta después de la muerte del animal, el Francés siguió largo rato sin comprender que ya no estaba en su país, y no se explicaba cómo podía haber llegado un león cerca del Sena, en las afueras de París). Pero su relato era menos anecdótico que los otros; tenía más contenido de un tiempo interior, muy especial, y se demoraba en detalles que no eran aparentemente los más destacables. Me fui haciendo a la idea de que realmente ese hombre tenía un tiempo distinto, y me pareció que al fin había dado con alguien a quien se le podía inquirir seriamente sobre todo aquello. Sin embargo, obtuve un encogimiento de hombros y un largo silencio; después habló, en su mezcla de idiomas.

—No sé, no me sorprende demasiado. La bomba atómica, quién sabe. Fisuras en el espacio-tiempo, el láser, la relatividad —mezclaba todo con las manos, haciendo ademanes amplios y vagos como para dar coherencia al conjunto. Pero siguió hablando, y a pesar del desinterés que demostraba en general por las cosas se veía que había meditado largamente, al menos tanto como yo. Hablando del Farmacéutico, por ejemplo, manifestaba no encontrar que las tres versiones de su llegada aquí

fueran realmente contradictorias.

—Quién puede saberlo —comentó—. Yo no creo demasiado en los hechos, ni que haya necesariamente una explicación para cada fenómeno.

Le hablé de mi teoría de un lugar circular, y él dijo que también se le había ocurrido.

—Pero no podemos tener ninguna certeza acerca de nada —agregó—. Yo tengo una teoría muy linda; muy coherente en sí misma, acerca de este lugar, pero no podría demostrarla. Imagino que podría tratarse de un trozo, como una nube, o algo así, de una materia especial, de otro tipo, no sé, que de alguna manera nos hubiera tocado una a nosotros o nos hubiera envuelto, y está materia daría forma a nuestros deseos o temores inconscientes. Me llama la atención la diversidad de formas de llegar aquí, y que esas formas parecieran corresponder a la personalidad de cada uno, *n'est-ce pas?* —Este «*n'est-ce pas?*» lo repetía a cada momento, y es lo que de él mejor me quedó grabado en la memoria—. Escuchando cada narración, uno pensaría en lugares totalmente distintos, desconectados entre sí, que nada tuvieran que ver; y sin embargo, incluso geográficamente, todos hemos estado muy cerca unos de otros en este tiempo —desde luego, todo esto dicho con mucha calma y con muchos silencios en medio.

Luego le pregunté si él creía posible salir de allí.

Repitió su tic con los hombros.

—¿Para qué? —preguntó a su vez.

Era una pregunta que yo ya había comenzado a formularme, y cuya respuesta trataba de evadir, desplazándola, o respondiéndola fácilmente con alguna imagen. Pero ante un interlocutor de carne y hueso la respuesta se hacía más endeble.

—Bueno... —comencé a decir, vacilando—. Por ejemplo, yo conozco a una muchacha... Se llama Ana...

Pero ya no era cierto. Ana se había diluido definitivamente. Traté de recomponer otra vez su rostro: un ojo, otro ojo; los labios; pero no pude. El Francés observaba en silencio mi esfuerzo un tanto desconcertado, fumando su pipa sin ansiedad.

Hacía ya unos cuantos días que la angustia trazaba en mí nuevos dibujos, con la imprecisión característica de los comienzos. Pero si su avance era lento y más lenta aún mi conciencia de ella, lo cierto es que avanzaba. A las experiencias vividas se sumaron los relatos escuchados, ampliándose las dimensiones de este lugar a límites increíbles, que empezaba a sospechar infinitos; al mismo tiempo, lo que yo llamaba mi vida cotidiana, es decir todo aquel pasado que finalizaba en aquella pared gris de la esquina frente al kiosco, se había disuelto junto con la imagen de Ana, formaba un mundo pequeño y lejano y ahora, comprobé con asombro, mi vida cotidiana era ésta, en un lugar desconocido, rodeado de extraños.

Fui dejando escapar algunas de estas cosas, como hablando en voz alta conmigo

mismo. El Francés sonrió.

—Por supuesto —dijo, y me llegó el aroma del tabaco que fumaba, recordándome que desde mi enfermedad no había vuelto a fumar—. ¿Pero en qué mides lo desconocido de este lugar, en relación al que dejaste? ¿Cuánto más extraños somos para ti los que ahora te rodeamos, que aquellos que te rodeaban en tu ciudad?

Me pareció que tenía razón, pero algo hacía que me aferrara a la nostalgia; hablé del peligro que había allí, cosa que divirtió al Francés, y me recordó los accidentes automovilísticos, y citó de memoria algunas cifras estadísticas acerca de muertes violentas; nunca supe si las había inventado en el momento o no, aunque este detalle no tenía importancia. Luego se perdió en una suma un tanto empalagosamente morbosa: peligro atómico, explosión demográfica, envenenamiento de la atmósfera, etcétera.

Me deprimí, desde luego. Para protegerme me escudé en la certeza de que había algo que el Francés ignoraba, o que no podía sentir, y que yo no podía explicar. Pero me quedé pensando, y anduve incómodo y esquivando a la gente. Especialmente me quedó grabado ese «¿para qué?». Era muy fuerte.

Durante este día empezaron los primeros ataques de los demás para integrarme a las tareas; y al día siguiente arreciaron. Realmente comenzaban a molestarme. Cuando me volvió a tocar el turno en la guardia, lo acepté mecánicamente, sin protestar. La cabeza me seguía trabajando todo el tiempo, y me provocaba un estado de adormecimiento en el que las ideas no tomaban una forma muy precisa.

Hacia el amanecer, cuando la guardia tocaba a su fin, me asaltó un pensamiento que hasta ese instante no había logrado capturar para su formulación en palabras.

—Es preciso salir de aquí —me dije en voz baja, con asombro de mi propio descubrimiento—, aunque no necesariamente para volver allá.

Por lo menos, y me pareció evidente, había que salir de ese patio. No sabía lo que pensaba el resto del grupo, pero yo sí estaba seguro de no querer permanecer allí toda la vida. Era muy claro que había que salir, sin preguntarse para qué; el para qué, pensé, quizá habría de saberse luego, o quizá nunca, o quizá no había ningún «para qué»; pero había que salir, sencillamente porque no había ningún motivo para quedarse. Recordé, sin embargo, otra frase del Francés que me había dejado pensando.

—La mayoría de las desgracias que sufren los seres humanos —y aclaró que citaba a Pascal— se deben a que uno no sabe estarse encerrado en su cuarto. Pero no te preocupes —agregó, con una sonrisa tierna—; yo tampoco podría hacerlo.

Al día siguiente se produjeron novedades de importancia. Fue después del almuerzo, mientras yo tomaba sol perezosamente junto a la verja, y hacía algunas anotaciones de vez en cuando al recordar algún detalle, y un poco por novelería, para usar un bolígrafo nuevo que me había regalado el Francés.

En primer lugar apareció una muchacha, en ropas veraniegas, temblando de frío y muy asustada. De inmediato se le suministró una frazada, y todas las atenciones solícitas del caso, tratando de tranquilizarla; no despegó los labios y sollozaba en forma entrecortada; a veces interrumpía un poco los sollozos y nos miraba con desconfianza. Pocos minutos después, por el mismo sitio —una de las aberturas con puerta sobre el paredón frente a la verja—, apareció un hombre pequeño y fornido, de espesos bigotes y calvicie pronunciada, de aspecto totalmente inofensivo y quien, sin embargo, produjo una nueva crisis nerviosa en la muchacha, que incluía gritos histéricos y un intento de fuga, aunque no supo bien hacia dónde: este hombre fue reconocido por los demás como el Farmacéutico.

—¡Por favor! —exclamó, agarrándose la cabeza con desesperación—. ¡Explíqueme a esta mujer que no tengo intención de hacerle daño!

Ella había optado por escudarse detrás del Francés y de mí, tal vez porque éramos individuos de edad parecida a la suya o porque por algún motivo le inspirábamos menos desconfianza. Volvimos a ocuparnos de tranquilizarla, y en cierta medida lo conseguimos; pero fue imposible hacerle hablar y menos aún que tolerara la presencia del Farmacéutico en un radio menor de tres metros de su persona.

Casi de inmediato, y por un agujero distinto, situado en el mismo paredón, pero más alejado y a mayor altura que la puerta que habían usado para entrar allí, apareció la cabeza de un niño pequeño, quien miró a todos sin curiosidad y se descolgó hacia el suelo, corriendo enseguida a los brazos de la muchacha. Ella lo aceptó con una sonrisa, y todo pareció normalizarse a partir de ese momento, aunque me era imposible entender nada de lo que estaba sucediendo.

El Farmacéutico fue el primero en aclarar algunas cosas, pero su historia dejaba completamente a oscuras el problema de la muchacha y el del niño.

Hubo una discusión entre él y el Francés acerca de la existencia real de aquella misteriosa lucecita; finalmente, el Farmacéutico tomó la palabra decidido a contar su

relato sin interferencias.

—Empecé a caminar, siguiendo la lucecita. Era blanca, con matices azulados, y se prendía y apagaba irregularmente, y cambiaba de ubicación —noté un cierto acento italiano, y una forma de hablar que lo identificaba sin lugar a dudas como bonaerense—. Cuando creía estar a punto de alcanzarla, volvía a encenderse un poco más lejos. Como cuando pibe trataba de cazar bichos de luz. Después, se hizo de día, y la lucecita dejó de verse. Noté que la selva se iba desdibujando, los árboles se espaciaban, y pronto llegué a un claro, o más bien un descampado; sólo se veía una enorme distancia vacía, de tierra pelada, con un poco de pasto amarillento aquí y allá.

El Francés había advertido que la muchacha seguía temblando ligeramente bajo la manta, y se dedicó a avivar un poco el fuego. Intentó, llevándola a un aparte, iniciar el diálogo; pero creí advertir que la muchacha seguía sin despegar los labios, aunque se veía más protegida con la presencia del niño. También vi que el Francés le daba algo para beber, de un frasco misterioso, y presumí que tendría escondida alguna bebida alcohólica; pero no presté demasiada atención a estas cosas, escuchando más bien el relato del Farmacéutico.

—Anduve un rato largo sin encontrar nada, ni siquiera un árbol, hasta que al fin apareció una especie de montículo, con algo que, al acercarme, vi que era como la entrada de una mina. Me metí por allí y seguí andando; cuando ya no llegaba la luz exterior, me llamó la atención ver que de trecho en trecho había picos de gas encendidos. Daban una luz bastante buena.

»Así, hasta llegar a una puerta, sobre una de las paredes del túnel de la mina. Era desconcertante, porque la puerta era linda, quiero decir que era nueva, bien pintada, con un pomo de bronce reluciente. La abrí, y del otro lado había un espacio muy amplio, como un teatro; incluso había una serie de butacas, dispuestas en semicírculo; y hacia el centro del semicírculo, una especie de tarima. El lugar estaba desierto; entré y miré por todos los rincones; sólo hallé una puertita, disimulada por un telón negro que había al fondo, detrás de la tarima, frente a las butacas. Esta puertita daba a un pasillo corto que llevaba a algo así como un depósito donde se amontonaban botellas vacías y envases de todo tipo; y tenía una ventanita con barrotes de hierro, y mirando por la ventanita alcancé a ver el gallinero más grande que había visto en mi vida; había cientos, miles de gallinas, en un espacio enorme rodeado por un tejido de alambre.

»El depósito tenía otra puerta, y salí de allí y empecé a dar vueltas hasta perder la cuenta de pasillos y lugares recorridos. Al fin encontré otra puerta como aquélla, nueva y pintada, que daba a una pieza muy lujosa; y en esta pieza estaba esa joven aquí presente, quien apenas me vio empezó a chillar y salió disparada a través de otra puerta; yo la seguí, porque entre otras cosas había gritado «¡asesino!» en español, y quería hablar con ella; pero ella seguía corriendo, aunque yo le gritaba que no le

quería hacer daño, y atravesábamos cantidad de piezas raras, incluso con alguna gente que nos miraba pasar, con miedo, y ella seguía chillando, y al final se largó a través de un túnel. Así fue como llegamos aquí.

Hubo un largo silencio. Ya comenzaba a caer el sol, y casi sin querer nos fuimos arrimando a la fogata. Advertí que el Francés había hecho progresos: ya jugaba con el niño rubio, y la muchacha se mostraba mejor dispuesta. Se me ocurrió una idea.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que salieron de este patio, usted y el Francés, hasta este momento? —le pregunté al Farmacéutico. Él se mostró sorprendido por la pregunta.

—¿Cómo? —dijo. Luego meditó unos instantes, frunciendo el ceño, y respondió —: Bueno, unos tres días, creo.

Todos nos miramos con preocupación. Bermúdez hizo un gesto como para comenzar a hablar, como para discutirle; pero se contuvo. Supongo que debió de admitir que las distorsiones que se daban en el espacio también alcanzaban al tiempo.

Luego la conversación fue tomando un giro más bien burocrático, y yo me aparté de ellos y me acerqué al Francés y a la muchacha, un poco más apartados, ahora, de la fogata.

—Se llama Alicia —informó el Francés, con una sonrisa. Tenía al niño sentado en las rodillas—. Y el niño no tiene nada que ver con ella; pertenece a una familia de este lugar, habla un idioma desconocido.

Miré al niño atentamente y no observé ninguna de las características —obesidad, falta de elegancia, etcétera— que correspondían a aquellas gentes que había encontrado en mi recorrida inicial; pero tal vez el niño, pensé, todavía era pequeño —tendría siete años, como máximo— y podría ser que no hubiese desarrollado aún esas características. Luego, por fragmentos que componían la historia de Alicia, supe que provenía de otra zona, habitada por gentes distintas a las que yo conocía.

El problema más urgente que se le presentaba a nuestro grupo era la forma de dormir. Para quienes se habían reunido alrededor de la fogata era realmente un problema muy serio. La presencia de una mujer los ponía incómodos y puntillosos. A mí, por el contrario, me resultaba muy agradable; oír una voz de mujer, e incluso sentir o saber de su presencia, me regulaba automáticamente no sé qué mecanismos psíquicos o físicos; lo cierto es que esa presencia me hacía sentir más afirmado en mi recuperación y más seguro de mí mismo. Y supongo que al Francés le sucedería lo mismo.

Los de la fogata debatían sobre la forma de combinar el sueño de cinco personas, y la guardia de cinco de ellas, teniendo en cuenta que en la carpa cabían hasta tres con cierta comodidad y que durante el sueño de la muchacha no quedaba bien que alguien más durmiera allí. No pude menos que soltar una carcajada. Dije:

—Alicia tiene sueño. Por favor, pónganse de acuerdo en los turnos, a ver si le

corresponde dormir algún día de esta semana.

Con esto desorganicé la reunión. Bermúdez y el Alemán se atropellaron para ir a la carpa y acomodar las cosas; sacaron los implementos de la guardia y las frazadas sobrantes, y le dijeron a Alicia que la bolsa de dormir estaba a su disposición. Ella se despidió con una sonrisa cansada, y se metió en la carpa llevando consigo al niño.

—Hay un problema menos —dije—. No son siete personas para distribuir, sino seis, ya que Alicia y el niño ocupan un solo lugar. Además, no veo ningún inconveniente para que alguien más duerma en la carpa.

Precisamente yo, muy cansado por la guardia de la noche anterior, iba a proponerme para ocupar ese lugar. No tenía ninguna intención erótica con respecto a la muchacha, quien realmente no me resultaba muy atractiva; simplemente quería dormir cómodo y por otra parte romper la rigidez pudorosa del grupo.

Pero el Francés se me adelantó; explicó que le tocaba guardia esa noche y que tenía necesidad de descansar; que mientras ellos se ponían de acuerdo en la organización de los turnos, él iría a acostarse; y que si su presencia molestaba a la chica sería ella, y no los demás, la encargada de hacerlo saber. Dicho lo cual tomó una manta y se metió en la carpa; al parecer, Alicia no puso inconvenientes.

En el grupo reinaba un silencio resentido; yo también lo estaba en cierta medida, pero me gustó la actitud del Francés. Tomé una manta y me acosté, envuelto en ella, sobre la tierra, cerca de la fogata. Bermúdez estaba pálido de cólera. Tiró al fuego el lápiz y el papel y dijo que así no se podía seguir. El Alemán y el Farmacéutico asintieron gravemente.

—No se lo tomen a la tremenda —dije, sin asomo de ironía, tratando de que mi acento fuese cálido; pero ellos siguieron rezongando; y aún los oía entre sueños; sentí que decían algo sobre la disciplina indispensable, y me dormí profundamente.

Lo que pude saber de la historia de Alicia reproducía en buena medida mis propias aventuras iniciales en ese lugar; también había recorrido piezas con puertas que sólo le permitían un sentido determinado; pero más que piezas eran verdaderos apartamentos; y cuando alguno estaba habitado, los seres, generalmente una familia, eran de otra clase que los que yo conocía. Más parecidos, tal vez, a nosotros; pero su lenguaje era también incomprensible. El trato también era distinto; había cierta amabilidad, y se lograba cierto entendimiento a pesar de las insuperables dificultades con el idioma. De una de estas familias había salido el niño rubio que ahora estaba con nosotros; un niño extraño, que había mostrado de inmediato un gran apego por Alicia, y que desconcertaba a sus padres con sus misteriosas desapariciones. Después que Alicia se despidió de esa familia y continuó su recorrido, en más de una oportunidad apareció el niño junto a ella, llegando por conductos que Alicia no logró conocer. Muchas veces lo había enviado de vuelta a su hogar, y otras tantas, tarde o temprano, el niño había regresado. Ahora no mostraba ningún interés por irse de este patio.

Entre las variantes fundamentales del lugar de Alicia con respecto al mío, figuraban dos que es necesario destacar: una, que la gente que habitaba los apartamentos realizaba trabajos. Los hombres disponían de unos aparatos, incomprensibles para Alicia, que manejaban durante algunas horas en cada jornada; las mujeres se ocupaban de tareas de cocina y limpieza. La otra, era la presencia de algunos implementos de espionaje: pequeños lentes y micrófonos adosados a las paredes, cuya finalidad debía ser probablemente desconocida para los habitantes del apartamento; y más aún, parecían tenerles un respeto de orden religioso, tal vez porque sus partes metálicas daban fuertes choques eléctricos a quien los tocara.

No explicó, por ahora, cómo había llegado allí; y todos estos datos los fuimos juntando con dificultad, ya que la muchacha se mostraba propensa a sufrir un nuevo ataque de nervios al recordar ciertas cosas. Por lo demás, lentamente se fue integrando a nuestro grupo y ya la proximidad del Farmacéutico le era más tolerable.

Durante esa jornada prosiguieron las discusiones acerca de problemas organizativos, y comenzó a planificarse una especie de excursión con fines de aprovisionamiento. Yo me mantuve al margen de las tediosas discusiones y en

principio mostré de antemano mi conformidad con las resoluciones que se tomaran, aunque no estaba muy seguro de que en realidad fuera a aceptarlas.

Esa madrugada me despertaron a las cuatro, cuando el cambio de guardia. También habían despertado al Francés, que tenía los ojos hinchados y la voz más enronquecida, y decía *merde* mientras se lavaba la cara en la fuente. El Alemán y el Farmacéutico dormían bajo una misma manta, fuera de la carpa; Bermúdez, que se había mantenido despierto, fue a ocupar mi lugar, fiel al principio de no dormir bajo la misma carpa ocupada por una dama.

Yo vacilé un rato y al fin decidí acompañar al Francés en la guardia, para no crear mayores incomodidades con el asunto de la carpa; pensé que después debería resignarme a discutir con los otros.

Estuvimos conversando en voz baja y el tiempo de la guardia pareció transcurrir mucho más rápidamente. Yo volví al tema de las teorías acerca del lugar, y de cómo habíamos llegado a él; charlando, logramos una especie de catálogo fantástico de posibilidades, cada una de las cuales parecía contradecir a las demás, y al mismo tiempo, cualquiera de ellas sonaba muy lógica y convincente, por lo menos a esa hora de la madrugada.

A pesar de grandes coincidencias entre nuestras teorías personales, había una divergencia básica en lo referente a un punto fundamental: la existencia de seres, extraplanetarios o no, que actualmente habitaran y manejaran el lugar. El Francés tendía a negarlos, y encontraba siempre alguna explicación que sustituía perfectamente esa presencia directriz. Ninguno de los dos podía, de todos modos, aportar ninguna prueba.

—¿Cómo explicas, entonces —le pregunté, en un momento de la discusión— la existencia de los aparatos de espionaje?

—Sencillamente —respondió con calma—; son la expresión de las tendencias paranoides de Alicia. Ella misma ha creado esos aparatos, les ha dado realidad tangible modelando la materia por medio de su temor a ser espiada.

Me mostré escéptico. Objeté que, entonces, de acuerdo con esta fórmula, el Francés mismo podía ser también creación mía, de mi íntimo deseo de tener alguien con quien conversar.

—Es cierto —admitió, con una sonrisa—; pero no necesariamente. Este lugar, que tú llamas patio, bien puede ser creación colectiva; bien podría haber nacido de nuestra necesidad de reunirnos.

Me comentó también que Bermúdez tenía una teoría, aunque el hecho de pensar lo avergonzaba y trataba, curiosamente, de ocultarlo. Pero una noche le había dicho que él creía que había habido una guerra mundial, y que las explosiones atómicas habían modificado todo, nos habían «entreverado», personas y lugares, como un rompecabezas mal armado en el que, sin embargo, las piezas encajan unas con otras,

aunque no las figuras.

Estuvimos un rato en silencio. Luego se me ocurrió preguntar:

—¿Y tú crees realmente en tu teoría?

Volvió a sonreír, un poco angelicalmente.

—No —dijo—. No creo en nada.

Salía el sol. El Francés, contraviniendo las disposiciones al respecto, hizo una nueva hoguera, mucho más espectacular de lo necesario, para calentar café. A las ocho, despertó a todo el mundo, a excepción de Alicia y el niño, quienes, a pesar del ruido que se hizo luego, siguieron durmiendo hasta el mediodía.

Me instalé, un poco apartado, cerca de la fuente, a continuar mis apuntes. Escribir a mano me da mucho trabajo; el avance es lento. Y tenía muchas novedades para consignar y muchas teorías para desarrollar. Bermúdez, el Farmacéutico y el Alemán se afeitaron, por turno, mientras el Francés ocupaba un lugar entre las mantas y dormía, fuera de la carpa.

Hacia el mediodía, cuando ya tenía la mano y el brazo varias veces acalambrados, dejé de escribir y me acerqué a la rueda que se había formado en torno al fuego; hablaban de comer todo el asado al mediodía, porque la carne se estaba echando a perder definitivamente; y de la escasez general de provisiones y de la necesidad de salir de caza.

La conversación no me gustaba; no es que se dijera abiertamente, pero yo sospechaba en ellos la idea de que me estaba alimentando a sus costillas, sin hacer ningún esfuerzo (lo cual era rigurosamente cierto); y tampoco me sentía dispuesto a salir de cacería; y me molestaba especialmente por esa idea que parecía estar metida muy hondo en todos ellos de permanecer indefinidamente en ese patio. Intenté un comentario, tratando de no resultar agresivo, pero no me prestaron atención. Sentí que me descartaban como persona útil, y mi resentimiento culpable se agravaba.

Alicia y el niño se unieron al grupo; la muchacha estaba de buen humor, parecía más comunicativa. El niño fue a despertar al Francés, quien lo recibió con sorprendido agrado.

En el transcurso del almuerzo, durante el cual se prolongó la discusión de la mañana, noté algunas cosas; lo más evidente era que se había abierto una brecha entre el Alemán, el Farmacéutico y Bermúdez por un lado, y principalmente yo por el otro; el Francés estaba indudablemente de mi lado, pero su actitud era indiferente, poco interesada; en realidad no le preocupaba nada de lo que se discutía, y se veía claramente su intención de actuar en definitiva como mejor le pareciera; si optó al fin por integrarse a la cacería fue realmente por su voluntad, sin que pesara en absoluto la presión de los demás. Alicia se mostraba inclinada de nuestro lado, pero comencé a sospechar, con algún fundamento, que era más por simpatía hacia mi persona que por otros motivos; al entrever que pudiera surgir alguna relación afectiva entre nosotros

me sentí alarmado, y traté de canalizar sus simpatías hacia el Francés, quien parecía sentirse atraído por ella; aunque ella parecía ignorarlo. Y, finalmente, el niño era un mediador inconsciente entre Bermúdez y yo; Bermúdez, a pesar de ser el cabecilla del grupo conservador, no era fanático como los otros, me seguía aceptando y podíamos tener conversaciones amistosas. El Farmacéutico, en cambio, no intentaba el menor diálogo conmigo, y el Alemán se iba distanciando cada vez más.

Hacia el atardecer se me plantearon con fuerza los cargos de conciencia; por un instante se me ocurrió ponerme en el lugar de ellos, y me di cuenta de que no estaban del todo faltos de razón; me dije que mi actitud era egoísta, y traté de imaginar alguna forma de cooperación; pero todas me parecían trabajosas y vanas. Sin poder explicarlo hasta más tarde, sentía, honestamente, que cualquier forma de colaboración con ellos se transformaba automáticamente en una íntima traición a mí mismo.

Más tarde descubrí la clave de mis problemas. Estaba metido en una trampa muy compleja. Era cierto que yo estaba aprovechando, a partir de mi enfermedad y necesidad de atención de los primeros días, un mecanismo creado por ellos. Era cierto que podía dormir tranquilo mientras alguien estaba de guardia, y que podía comer un alimento que habían conseguido ellos; pero, y ahí estaba la trampa, hasta ese momento no había tenido necesidad de que nadie protegiese mi sueño, ni que me dieran de comer.

Si ahora se planteaba la necesidad, era precisamente por haber resuelto quedarme con ellos. Me pregunté por qué y cuándo lo había hecho, y descubrí que fue más bien un dejarme estar: había caído en la trampa de la comodidad. La misma trampa de las habitaciones de mi recorrido inicial, preparadas como para mí. En este caso había, además, una especie de intercambio: ellos me daban comodidad, a cambio de mi presencia. Sospeché que apenas anunciara mi decisión de partir, lloverían nuevamente críticas sobre mi actitud pero al mismo tiempo se ablandarían en sus posiciones y terminarían por dejarme en paz, sin exigirme nada.

Ellos me necesitaban, por la antigua idea de que la unión hace la fuerza. Mal que bien, por lo menos yo hacía número. Pero yo me sentía cada día más debilitado. Había ganado en seguridad y comodidad, pero estaba perdiendo el tiempo. Y también, descubrí, me necesitaban por otro motivo más oscuro: me necesitaban como cómplice de esa actitud cobarde —en definitiva, más cobarde que la mía— de quedarse en el patio. ¿Qué esperaban, allí?

Me fui deprimiendo cada vez más, pensando en la medida verdadera en que había estado perdiendo el tiempo; no sólo desde que encontré al grupo, no sólo desde que había aparecido misteriosamente en ese lugar; toda mi vida se volvió en ese instante vacía y sin sentido; apenas pequeños brillos, muy aislados entre sí, que no lograban rescatar todo un pasado lamentable. Y con respecto a esta última etapa, a esta parte de mi vida que comenzaba en aquella pieza oscura, ya que había decidido salir de allí, ya

que había resuelto desde un primer instante que ese lugar me resultaba ajeno, que no era el mío, no entendía los motivos que me habían llevado a permanecer tanto tiempo.

Es cierto que no había encontrado una salida, y que tampoco parecía fácil encontrarla; pero ¿la había buscado verdaderamente con la urgencia de los primeros días? El lugar me había ablandado, y me sentía cada vez más blando a medida que comprobaba su inmensidad. La salida parecía cada vez más remota, y ya dudaba de que existiera. Pero razoné que ése tampoco era un motivo para quedarse.

O bien, que resolviera quedarme, de una vez por todas, quitarme de la mente la idea de una hipotética salida, idea que me hacía sentir incómodo en todo momento, en todas partes; entonces sí, podría organizarme, solo o en el grupo, y buscar la manera de pasarlo lo mejor posible.

Pero la idea de quedarme me seguía pareciendo tan extraña que, al repensarla, me hizo reír en voz alta. Recordé mis pensamientos de días anteriores, y los sentí muy verdaderos: no se trataba de regresar a ninguna parte, sino de salir de allí; a menos, pensé ahora, que allí encontrara algo que me decidiera a quedarme. Pero hasta el momento, salvo, quizá, Mabel, no había hallado nada parecido, y no tenía por qué suponer que lo hallaría.

Y Mabel misma no era una razón; era más bien una ilusión. Del mismo modo que, ahora, veía una ilusión en la imagen de Ana, cuando se me presentaba en los primeros tiempos para darme fuerzas en la búsqueda de una salida hacia mi vida cotidiana.

Estos pensamientos me fueron llevando a una larga serie de meditaciones; me encontré, de pronto, divagando, construyendo estructuras abstractas, con el pensamiento nuevamente en cero.

De todos modos me había liberado de la culpa inicial con respecto al grupo; me liberó de ellos la decisión de partir. No saldría de inmediato, pero la decisión estaba tomada; incluso, me pareció que ya había sido tomada un tiempo atrás, y que ahora lo que hacía era reconocerla y aceptarla. Pero esto significaba emprender una acción, y siempre me ha costado decidirme a actuar.

A la mañana siguiente se suicidó el Francés. Un poco antes de las ocho se había puesto en pie, apartando las mantas que lo cubrían, fuera de la carpa, y le pidió prestado el revólver al Alemán, que estaba de guardia. Éste se lo alcanzó, sin llegar a extrañarse por el pedido.

El Francés, revólver en mano, fue hasta el portón, lo abrió, lo dejó abierto, caminó una veintena de pasos, en dirección a la selva, pero fuera del caminito de pedregullo, y allí se voló resueltamente la cabeza.

Las dos jornadas siguientes me resultaron particularmente ingratas. No colaboré en el trabajo para abrir la fosa, a pocos metros del cadáver del Francés, ni participé en la ceremonia del entierro; ni siquiera en la mañana del suicidio había traspuesto las rejas para mirar el cadáver.

Luego tuve que soportar los comentarios, enfermantes; nadie se explicaba la actitud del Francés, y por lo tanto llegaron a la conclusión de que había sufrido un ataque de locura.

Abrí la boca muchas veces, pero la volví a cerrar sin decir nada. ¿Cómo explicarles lo que significaba el Francés? Lo había visto más de una vez inclinado durante largo rato sobre un camino de hormigas, que los demás pisaban sin notar. Lo había visto a menudo mirando detenidamente las estrellas. ¿Cómo explicar que no necesitaba más motivos que una noche de insomnio y de lucidez para quitarse la vida? Para quien está realmente vivo, la vida se vuelve a veces muy difícil, puede llegar a ser intolerable, sin necesidad de motivaciones especiales.

Alicia lloró a moco tendido, y se me prendió del brazo y apoyaba la cabeza en mi hombro para llorar. Los demás, y a pesar de la unción de la ceremonia que realizaron, en pocas horas ya estaban hablando del muerto con cierto desprecio, o al menos indiferencia.

Los acontecimientos se precipitaron a la tarde siguiente.

Por un orificio sin puerta del paredón salió una mujer; me pareció que su aspecto cubría todas las exigencias de una perfecta prostituta. Tendría unos cuarenta años, el pelo largo y lacio, teñido hacía tiempo de rubio —y en la base se notaba el castaño original—, los labios pintados con exageración, lo mismo que los ojos y el resto de la cara; y la ropa era una mezcla agresiva de rojo y verde chillones. Calzaba taco alto, y para colmo revoleaba una cartera que llevaba colgando de la muñeca derecha. Venía hecha una furia.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en tono agudo y ofensivo.

Nos quedamos mudos ante la insólita pregunta; luego nos exigió que la sacáramos de allí. Bermúdez se adelantó a parlamentar, y le costó grandes esfuerzos conseguir que lo escuchara. Su alocución, con todo, resultó poco clara para la mujer, quien siguió insistiendo en que la sacáramos de allí.

—Yo entro en el baño del café —explicó— para arreglarme el maquillaje, y cuando salgo el café no está más, en su lugar hay una especie de templo, inmenso, con grandes columnas, vacío. Caminé y caminé sin ver a nadie, ni nada, y después encontré una puerita que daba a un pasillo y ahora los encuentro a ustedes.

Hablaba vertiginosamente, y repetía muchas veces las mismas cosas, mirándonos de forma insolente, culpándonos de su situación. Se adelantó el Alemán, y trató de explicarle que a todos nos habían pasado cosas similares. Luego le alcanzaron un mate; lo rechazó con repugnancia y encendió un cigarrillo rubio que extrajo de un paquete que llevaba en la cartera.

Luego pareció, si no serenarse, al menos desviar un poco de nosotros sus iras.

—Nunca me había pasado nada parecido —dijo, y todos estuvimos de acuerdo.

Alicia seguía pegada a mí. Esa noche se negó a dormir en la carpa junto a la mujer, que había dicho llamarse Silvia; con el niño de por medio se acostó a mi lado, fuera de la carpa, bajo las mismas mantas, ante el asombro de todos.

Al día siguiente las tensiones alcanzaron el punto máximo; yo me había negado a la guardia cuando el Farmacéutico me despertó a las cuatro, porque realmente no había podido dormir y me sentía agotado y con una confusión mental muy grande. Sentía, además, que Alicia me estaba creando un nuevo problema.

Luego, se hizo manifiesta la rivalidad entre Alicia y Silvia y, finalmente, el Farmacéutico y el Alemán propusieron que se me sancionara, aunque sin especificar de qué manera, por mi negativa a hacer la guardia, y quisieron además incluirme por fuerza en la cacería.

Bermúdez, visiblemente interesado en la recién llegada, prestaba una atención más débil a los problemas y adquirió una cierta agresividad hacia el Alemán y el Farmacéutico. Como resultado final, ese día no se salió de cacería, y se agotaban definitivamente las provisiones. El almuerzo consistió en mate amargo seguido de arroz.

Alicia se decidió por fin a narrarme su historia; y luego me propuso que nos fuéramos de allí. «Nos» la incluía a ella, al niño y a mí. Le expliqué que yo ya había decidido partir pero que no había pensado en ellos; en principio me negué a llevar al niño, y acepté acompañarla al menos un trecho, hasta que algo nos animara a separarnos. Luego admití que podíamos partir los tres, sin que ello significara, de ninguna manera, que yo aceptara la menor responsabilidad.

Ella argumentó que no necesitaba en absoluto que yo me hiciera responsable de nada; que sabría arreglarse por su cuenta, incluso con el niño a su cargo. Finalmente acordamos partir los tres, no sin que antes yo insistiera en mi absoluta independencia.

Esa noche, alrededor del fuego y de los últimos granos de arroz, expliqué al grupo nuestra decisión. El Farmacéutico y el Alemán protestaron de inmediato. Bermúdez, ablandado por la muerte del Francés y por la presencia de Silvia, se mostró menos

mortificado de lo previsto ante el derrumbe de su imperio. Me pareció que en las últimas horas había aprendido algunas cosas.

La prostituta no dejaba de alborotar, sin sentirse en absoluto interesada por lo que sucedía alrededor suyo, y reclamaba mil atenciones que Bermúdez se afanaba por dispensarle. A pesar de todo, de la reunión surgió un nuevo plan: a la mañana siguiente partiríamos Alicia, el niño y yo («Después de todo —murmuro el Farmacéutico— éstos nunca sirvieron para nada»); Bermúdez y el Alemán saldrían de cacería, y el Farmacéutico, acompañado por Silvia, intentaría rehacer el camino hacia el gallinero que decía haber visto. Silvia insistió en quedarse en el campamento, pero no se animaba a quedarse sola; Bermúdez manifestó no poder acompañarla, ya que era el más indicado para la cacería. Silvia decidió entonces acompañar a Bermúdez, aunque éste se negaba por considerarlo riesgoso.

Yo me sentí, a pesar de todo, obligado a alertar al Farmacéutico sobre los peligros de buscar el gallinero; manifesté que la cacería me parecía un riesgo menor, y que no valía la pena meterse en un lugar de salida difícil, laberíntico, por unas gallinas. A pesar de ciertas experiencias vividas también por ellos en el interior de la construcción, no eran, con todo, capaces de sensibilidad ante lo que consideraban peligros menores; para ellos no había riesgo mayor que los gorilas y los elefantes; pensé que tal vez tenían razón.

Les costó mucho ponerse de acuerdo: finalmente convinieron en posponer la búsqueda del gallinero y salir de cacería Bermúdez, Silvia, y el Alemán: el Farmacéutico se quedaría en el campamento, con el revólver. Afortunadamente no se les ocurrió interferir en nuestros planes de partida.

Volvimos a dormir los tres bajo una misma manta. Me costó mucho, nuevamente, conciliar el sueño; en mi cabeza daba vueltas sin cesar la historia contada por Alicia, casi susurrada, cuando ya estábamos bajo la manta y el niño dormía profundamente.

En su propia casa —contó— al entrar a su dormitorio, notó que ya no era la misma habitación de todos los días, sino una mucho más amplia y vacía, con sólo una gruesa alfombra sobre el piso. Aterrada, descubrió que en un rincón había un hombre: estaba completamente desnudo y avanzaba hacia ella, con una mirada como de borracho o enfermo, los brazos colgando flojamente. Intentó abrir la puerta por la que había entrado, pero no lo consiguió; entonces corrió hasta otra puerta, que veía justo enfrente de ésta; pero el hombre la atrapó antes de que lograra alcanzarla, y la arrojó brutalmente al suelo.

De inmediato, insensible a sus gritos y a los golpes que intentaba o que realmente conseguía darle, le arrancó las ropas con furia e intentó violarla; ella resistió con tenacidad, pero el hombre comenzó a castigarla sistemáticamente, cubriéndole de golpes de puño la cara y el cuerpo; ella se espantó al sentir que los labios le sangraban y que apenas podía abrir los ojos, y el dolor se volvía insoportable, le

parecía que tenía las costillas rotas, y al fin se entregó.

En un estado de semiinconsciencia fue poseída varias veces, hasta que el hombre, cansado, se echó a dormir. Quiso matarlo, pero no tenía con qué, ni fuerzas. Arrastrándose, logró alcanzar la puerta, y se encontró en otra habitación, desconocida, con muebles; colocó una silla bajo el pestillo y se tendió en la cama.

Durmió durante largo tiempo, y creía haber notado una presencia que velaba, a veces, junto a ella, y al despertar encontró alimentos y ropa a su alcance.

Después había vagado por aquella serie de apartamentos, y se había instalado en uno de ellos, cansada de vagar, y aprovechando que estaba vacío y le resultaba cómodo. Hacía poco que estaba allí cuando apareció el Farmacéutico; creyó que intentarían violarla nuevamente y, presa del pánico, huyó.

Yo me dormí cuando estaba por amanecer, y el cielo mostraba ya una claridad gris.

A las ocho vimos partir el grupo de la cacería: nosotros permanecemos hasta cerca del mediodía, porque yo no lograba despertarme del todo. Cuando al fin estuvimos dispuestos, el Farmacéutico pareció olvidar rencores, y nos estrechó ceremoniosamente la mano y nos deseamos mutuamente buena suerte: éramos sinceros.

La despedida del resto del grupo había sido menos emotiva; ellos estaban nerviosos y yo con mucho sueño. Con todo, el apretón de manos de Bermúdez había sido fuerte y prolongado. Y se mostró emocionado al besar al niño.

—Espero que volvamos a encontrarnos —había dicho Bermúdez, en el momento de partir, y ahora yo repetía esta frase para el Farmacéutico.

Elegimos un pasillo que tenía puerta, sin inconvenientes para ser abierta, y que aún no había sido transitado por ninguno de nosotros. Coloqué una gran piedra junto a la puerta abierta, para evitar que se cerrara, pensando que quizá nos viésemos obligados a regresar.

El niño estaba contento ante la perspectiva de una nueva aventura, y había espacio suficiente en el pasillo para que fuera tomado de la mano de ambos.

Fue, aproximadamente, un día y una noche el tiempo que nos llevó recorrer la larga serie de pasillos que se bifurcaban sin ofrecer otra posibilidad que las bifurcaciones; yo dejaba la elección librada al gusto de Alicia, o a veces del niño. Dormimos muy mal, y muy poco.

La nerviosidad que me había entrado al internarnos en el corredor había variado de tono; al principio se trataba de emprender una aventura, largarse nuevamente hacia lo desconocido, dejando atrás lo que había sido un refugio bastante seguro y la compañía de otros seres humanos; y aunque la decisión de partir había sido bien meditada, no podía evitar la angustia, después de tantos días de pasividad.

Había otra sensación desagradable: por más que hubiese aclarado perfectamente los términos de mi alianza con Alicia, no dejaba de sentirme con el peso de la responsabilidad, por ella y por el niño. Me hubiese sentido más tranquilo de encontrarme solo; al menos mi angustia tendría un matiz distinto, menos opresivo.

Luego me fue invadiendo el cansancio de andar, y nuevamente la claustrofobia; era el pasillo más largo que había recorrido, parecía no terminar nunca; ni siquiera presentaba orificios ni, a pesar de que en realidad se podía respirar bien, eran visibles otros sistemas de ventilación.

Cuando llegamos al final nos encontramos, con alegría, en el aire libre; y mi alegría fue acompañada de algo nuevo, una nueva confianza, una especie de seguridad. Ello se debía sin duda a lo familiar del paisaje: era campo, extenso, sin murallas visibles, y había detalles que, si bien no los noté enseguida, inconscientemente los recogí y en ellos se afianzó mi nuevo estado de ánimo: un caminito, algunos árboles —eucaliptus— y más allá un alambrado y más lejos aún, apenas visible, una vaca. El pasto era muy verde y el aire tenía el aroma de la tierra.

El pasillo había desembocado en una escalerita que llevaba a un agujero rectangular en la tierra; por allí emergimos y empezamos a caminar, luego de haber echado un amplio vistazo en derredor, sobre la calma del paisaje.

El caminito, apenas una huella de hombres y animales, pronto nos llevó cerca de un lugar poblado; algunos ranchos y casitas dispersos en un área grande; luego, a la distancia, parecía que las construcciones se hacían más nutridas y más próximas entre sí.

Recorrimos algunos ranchos; tres de ellos estaban desocupados, dando idea de abandono; el cuarto también lo estaba, pero había señales de haber sido habitado recientemente.

Seguimos andando, y al fin decidimos detenernos en una casita próxima. No había nadie, pero se notaba claramente que alguien vivía allí, pues había alimentos frescos.

Comimos, y tomamos leche, y nos sentamos a esperar que llegaran los dueños de casa.

Al caer la noche, no habían aparecido.

Me sentí alarmado. Hasta ese momento, el cansancio y la angustia pasada no me habían permitido hacerme una composición de lugar; pero cuando encendí el farol y contemplé cómo Alicia acostaba al niño en una cama pequeña, y vi más allá una cama de matrimonio, empecé a sacar conclusiones; si bien yo estaba aún a la expectativa y no me había hecho demasiadas ilusiones concretas, había creído, tal vez por tratarse de un lugar tan abierto, que estábamos en algo distinto; ahora veía que el sistema empezaba a repetirse. La casa parecía estar esperándonos. Los elementos estaban dispuestos para que nos fuera cómoda; había, además, un escritorio, con una máquina de escribir y abundante papel.

Salí afuera y contemplé la noche estrellada, serena. No había en ella nada de particular, nada distinto a tantas otras noches vividas en el campo. El canto de los grillos, el silencio dominando todos los pequeños ruidos; el ladrido de un perro a la distancia, contestado por otro más lejano; el aire limpio, la calma. Una noche como para sentirme bien; no me faltaba nada. Ni siquiera una compañera. Todo estaba en orden.

Me sentí desolado. Volví a entrar y me dejé caer pesadamente en un sillón, apretándome las sienes con la mano derecha. Alicia se acercó, y se arrodilló en el suelo, junto al sillón, y apoyó su cabeza sobre mis piernas cruzadas.

Me preguntó qué me sucedía.

Entonces, lentamente, le narré mi historia. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo, y acariciaba los cabellos de la muchacha. Le expliqué cómo desde que había aparecido de forma inexplicable en aquella habitación oscura, las cosas se habían ido repitiendo según un mecanismo siempre igual, aunque variara de forma: esta casita en nada se diferenciaba, en esencia, de la primera pieza deshabitada que había hallado.

Le hablé de mi desesperación creciente, al ver que el lugar adonde habíamos ido a dar era inmenso, y de mi pesimismo de los últimos tiempos en lo que se refería a hallar una salida.

Sin saberlo, Alicia repitió la misma pregunta del Francés: para qué. No lo dijo así, pero dio a entender que la situación actual no le parecía tan mala. Ella tampoco había

sido feliz en su vida cotidiana. Estudiaba una carrera que no le interesaba, un poco por complacer a sus padres, y su vida había sido monótona y pobre; aunque no se había visto obligada a trabajar, el dinero de los padres no le permitía hacer muchas cosas que deseaba, y se había conformado con lo elemental, las idas al cine, el noviazgo sin entusiasmo, la lectura de las novelas de moda.

Allí se sentía mejor, más cómoda, a pesar del horror vivido en los primeros momentos (yo pensé, un poco cínicamente, que nunca había estado tan viva como en el momento de la violación); y se había encariñado con el niño, y conmigo.

Esto último me sonó falso. Pensé que buscaba en mí, más a un hombre que la protegiera o que la guiara en un mundo extraño, que un hombre a quien amar.

Comencé a explicarle, aunque cada vez era menos claro para mí mismo, la angustia que me producía estar allí; aunque todo se pareciera, en ese momento, a lo que alguna vez había deseado —una vida tranquila en el campo—, no podía tolerar la idea de haber sido llevado allí contra mi voluntad, de sentirme perdido, extraviado, cayendo constantemente en trampas que me retenían; no pensaba si estaba mejor o peor que antes; simplemente, no podía considerarlo como algo definitivo. Estaba en un lugar que no era el que me correspondía; y aunque en mi vida anterior más de una vez había sentido lo mismo, aquí se hacía más evidente y tangible. El cielo, le expliqué, podía ser el mismo cielo, con todas sus estrellas; pero yo no podía salir y mirar la noche sin sentirme estafado, como si estuviera mirando el telón pintado de un teatro.

Nos acostamos. Mi forma de hacer el amor fue más bien mecánica; me sentía anestesiado, desinteresado. Al amanecer, con los ojos abiertos y ardientes, oía el canto lejano de los gallos y sentía ese cuerpo que se abrazaba al mío, y me preguntaba incesantemente por qué me resultaba un cuerpo extraño, ajeno, y por qué el niño que dormía en el otro extremo de la habitación era tan inevitablemente extraño y ajeno, y por qué en ese lugar todo me resultaba indiferente o, peor aún, me rechazaba, me impulsaba a una insatisfacción constante, me sepultaba en la melancolía.

Intenté, honestamente, adaptarme al lugar y a las circunstancias. Alicia me había hecho comprender, en largas conversaciones, que mis peripecias iniciales me habían dañado el sistema nervioso; que no tenía sentido continuar esa búsqueda, seguir saltando de un sitio a otro sin aceptar ninguno; que debía controlar la ansiedad, tratar de ver con otros ojos lo que me rodeaba. En la casita, situada en un lugar apacible, podría recuperarme, tranquilizar mis nervios, buscar una solución verdadera.

Sentí que había mucho de cierto en todo eso, cada día me costaba más razonar con claridad, y pasaba largas horas de aparente meditación en las que en realidad tenía la mente en blanco, o trabajando por su cuenta ajena a mi conciencia, sin que yo participara mayormente.

Decidí que, por lo menos, necesitaba unas vacaciones. Me dediqué a una huerta que había en el fondo, y aunque no creo que mi trabajo haya sido muy útil, me sentí mejor durante un tiempo. También mi relación sexual con Alicia, sin alcanzar niveles excepcionales, me ayudaba a la pacificación interior.

De forma irregular hallábamos a veces paquetes con carne, o comida envasada; y una mañana aparecieron en la huerta dos gallinas atadas con un hilo a una estaca clavada en la tierra.

Algunas de las casitas y ranchos vecinos estaban habitados. No logramos, sin embargo, la menor comunicación con esas gentes. En su mayoría eran viejos campesinos que nos miraban con temor y cerraban las puertas a nuestro paso; si saludábamos a alguien con quien nos cruzáramos en el camino, respondía brevemente sin detenerse ni mostrar simpatía, o seguía de largo sin responder.

Un viejo de grandes bigotes y sombrero de alas pasó un día frente a nuestra puerta, llevando una azada al hombro, y pareció mostrar cierta curiosidad. Me acerqué a él e intenté el diálogo; a pesar de la buena voluntad por su parte, resultó también imposible. Hablaba el mismo idioma, o uno muy similar, que los habitantes de las piezas de mi recorrido. Se encogió de hombros y siguió su camino.

En dos o tres oportunidades di paseos largos, que me llevaron allá donde las casas se veían más concentradas. Quedaba bastante lejos, y a veces me daban ganas de seguir alejándome y ver qué aparecía más allá.

El poblado no tenía un mecanismo muy distinto al de la zona en que nos

encontrábamos; no llegaba a ser un pueblo, no parecía haber organización ni mucha mayor conexión entre los habitantes. Tampoco vi comercios de ningún tipo.

Aunque me fue imposible comunicarme con ninguna persona, me enteré, sorprendido, de que allí el idioma variaba ligeramente, e intercalaban abundantes palabras de raíz latina, algunas españolas, con ciertas deformaciones. Esto me llevó a pensar que quizá si seguía en esa dirección, llegaría a encontrar un lugar donde pudiera entenderme con la gente.

Un día descubrí que Alicia intercambiaba algunas palabras con el niño, en el idioma extraño. Sin saber por qué me sentí atacado por un gran enojo repentino. Apreté los puños y la sangre me bullía. Pensé decir algo, pero me mordí los labios; no tenía, racionalmente, ningún motivo para enfurecerme.

El niño parecía feliz todo el tiempo. Su vitalidad era desbordante y allí tenía espacio de sobra para sus juegos. Cada vez se llevaba mejor con Alicia; más allá de las pocas palabras que podían intercambiar, se entendían a la perfección; pensé que mucho más que si él fuera su verdadero hijo.

Me entretuve mucho tiempo en mis apuntes: los copié a máquina, pues ya eran demasiado nutridos y abultaban mucho en mi saco, y a veces me resultaba difícil entender mi propia letra. Trataba de no separarme de ellos. Suprimí muchas partes, que ahora veía demasiado detalladas y sin importancia, tratando de conservar y mejorar la redacción de aquellas partes que ahora sentía como fundamentales. Así se fue estructurando este relato; no es un diario de viaje, no es una versión estricta y cronológica, sino apenas un registro de mis impresiones y razonamientos, una visión subjetiva de las cosas vividas, que tal vez difiriera enormemente de la versión de otra persona que hubiese vivido los mismos hechos. No sé, tampoco, por qué me tomaba ese trabajo; pero me gustaba, me hacía bien, más allá del cansancio físico, también saludable, que me producía.

Lentamente fui sufriendo un proceso, en el que noté la agudización de mis males. El remedio, que pareció funcionar bien durante los primeros tiempos, comenzó a parecerme una postergación y nada más.

La idea de irme, sin embargo, se había hecho borrosa. Estaba siempre presente, pero exclusivamente como imagen, como algo detenido, que no tenía fuerza para moverme a la acción. Me sentía cómodo y seguro; por momentos, al pasar por mi imaginación, la idea de partir, la encontraba ridícula. Sin embargo, la necesidad de hacerlo iba cobrando cuerpo, se iba apoderando de mi ser de tal manera que me fui transformando.

Noté que también Alicia se transformaba. Pero ella parecía no tener conflictos, en cierta forma se transformaba en una dirección opuesta a la mía. Una vez la vi, por un instante, exactamente igual a una de aquellas mujeres viejas de la primera etapa de mi recorrido. Quizá fuera una alucinación momentánea; pero en adelante no pude verla

con los mismos ojos. La espiaba, y notaba siempre algún detalle, del rostro o del cuerpo, o algún gesto, algo que me traía de forma inevitable aquella imagen fugaz.

En un principio mi propia transformación fue apenas la agudización de la indiferencia hacia Alicia y hacia todo lo que me rodeaba; procuraba esquivarla la mayor parte del tiempo, ocupado en mis apuntes o en largos paseos, o en la huerta.

Luego comencé a odiarla, y tuvimos discusiones, cada vez más fuertes; hacia el anochecer, en los últimos días, sentía que la angustia me alteraba también físicamente. La mandíbula se me apretaba, los hombros se encogían, el izquierdo más alzado que el derecho (y sólo me daba cuenta de ello cuando los músculos acalambrados me dolían), y luego sentía que se me hinchaban el cuello y la cara. De nuevo se me embotaba la mente, y más de una vez encontré alivio en el llanto.

Pero, en general, la tensión buscaba evadirse en las interminables discusiones con Alicia, acerca de cualquier cosa, que a veces se prolongaban hasta el amanecer.

Un día resolví irme. Fue la discusión más seria. Alicia lloraba y llegó a insultarme. Yo sentí ganas de estrangularla; pero de pronto me invadió una gran serenidad.

La resolución de irme. Esto era lo único que me había serenado, siempre. Y esta resolución había sido nuevamente tomada en lo profundo de mi ser, y supe que nada podría cambiarla; y esta confianza me devolvió, en el momento, a mí mismo. Dejé de discutir y adopté un tono más cariñoso.

Había vuelto a la indiferencia; ya no sentía odio, ni sentimientos de ninguna clase hacia esa mujer. Ella se confundió, y creyó ver en mí una vacilación; trató de ganarme.

Le expliqué una vez más que no había nada que hacer. Vino, entonces, el reproche lloroso de que yo no podía abandonarla así.

—No te abandono —respondí, con calma, y le acaricié una mejilla—. Sigo mi camino. Recuerda nuestro convenio al salir de aquel patio. Nos acompañaríamos hasta llegar el momento de separarnos. Por otra parte, no te impido que vengas conmigo.

Los argumentos no la convencían, y seguía llorando.

—¿No comprendes que me estoy muriendo, aquí? —le dije, pero esto no le interesaba. Sólo pensaba en su propia situación. Entonces junté mis escasas pertenencias, cosas que me cabían en los bolsillos, besé al niño y también a Alicia, y eché a andar por el camino.

Atardecía.

Ella no se atrevió a seguirme. Me miraba desde la puerta, llorando siempre. A mí, el renovado miedo a la soledad y la incertidumbre me volvían a apretar el pecho y la garganta; pero mi corazón saltaba con felicidad nerviosa. El niño también me miraba desde la puerta, sin comprender. Por un instante, al darme vuelta y mirarlos por

última vez, las piernas se me aflojaron, me cargué de culpa y de dolor, y mi voluntad flaqueó por última vez. «No se debe mirar hacia atrás», pensé, y seguí andando a paso marcial, tratando de no pensar.

Llegué al poblado y seguí de largo. Caminaba sin esforzarme ni detenerme, a buen paso pero sin apuro. Al caer la noche vi que, más allá, se encendía luz eléctrica en algunos lugares. Cuando me sentí cansado, entré en una casa y dormí.

A la mañana siguiente comí algo y seguí viaje, al mismo ritmo indiferente y mecánico; pasé por nuevos lugares poblados, cada vez más densos y amplios; pero recién a la noche, cuando el sol apenas se había puesto, llegué a la ciudad.

Tercera parte

El camino se transformó en una calle asfaltada y las casas se agruparon en manzanas rodeadas de veredas. La ciudad parecía desierta. La luz anaranjada de unos faroles daba a las cosas un color extraño, fantasmal. Las puertas y las ventanas estaban cerradas.

Después apareció alguna gente, que caminaba en la misma dirección que yo; primero en forma aislada, casi subrepticia, luego en pequeños grupos silenciosos. Mucho más tarde, a los lejos, escuché una música metálica. A medida que me acercaba al centro de la ciudad, los grupos de gente crecían, y se juntaban en una sola corriente; siempre en silencio y manteniendo un ritmo constante al andar.

En el centro, los edificios crecían y la iluminación se multiplicaba, pero no había luz blanca. Las veredas y las calles, por las cuales no circulaban vehículos, estaban repletas de gente que se movía, como insinuando apenas que bailaba, al son de la música metálica que transmitían unos parlantes, instalados en altas columnas, dos o tres por cuadra. Había confiterías y bares abiertos y cantidad de hoteles. La temperatura había aumentado, sin duda por algún sistema artificial de calefacción.

Se oía también un ruido confuso, que era tal vez la suma de sonidos de unas radios portátiles que, descubrí, la mayor parte de la gente llevaba colgando del hombro o del cuello. Casi no hablaban entre sí, parecían desfilar por la ciudad sin un fin determinado. Sorprendí, sin embargo, algunas frases; y noté que allí se hablaban varios idiomas: francés, alemán, italiano, y otros desconocidos para mí.

Un hombre muy gordo dijo algo a la mujer que iba a su lado; en español. Lo detuve:

—¿Qué ciudad es ésta? —le pregunté, y me miró con espanto o crueldad; se limitó a extender un dedo índice. Miré en esa dirección y vi una enorme cola, de varias hileras, de gente que esperaba su turno ante un mostrador.

Me acerqué todo lo posible, y estábamos en una especie de pequeña plaza, y vi que unas muchachas de uniforme atendían a las personas que llegaban al mostrador. Sin duda era la mejor manera de informarse, pero yo preferí seguir dando vueltas.

Vagaba mareado por la música, la gente y la luz de color. Me sentía mal. Pensé en entrar en un bar o una confitería, pero temí que mi dinero no sirviera allí, o, lo que era peor, que me delatara. Sin saber por qué, temía que descubrieran que yo no era de ese

lugar.

Anduve mucho tiempo entre la gente. Vi de pronto que un hombre y una mujer eran violentamente conducidos por cuatro hombres armados y uniformados, que no se parecían a los policías habituales; usaban largas túnicas blancas, o que parecían blancas a esa luz incierta. La concentración humana se iba haciendo mayor a medida que avanzaba la noche.

Súbitamente, a mi derecha, vi a una mujer parada en la puerta de un hotel; a pesar de la iluminación y la distancia, tuve la certeza de que se trataba de Ana. Comencé a luchar por abrirme paso entre la masa compacta que desfilaba en una sola dirección; la masa me arrastraba y me empujaba, y Ana, o quien fuera, dio media vuelta y entró en el hotel. Yo grité.

Cuando logré abrirme paso, el hotel estaba desierto. Era moderno, lujoso. Toqué timbre con insistencia en el mostrador, pero no vino nadie. Comencé a subir una escalera. A medida que ascendía, la luz iba cambiando, se hacía más rojiza. Los pasillos del primer piso, que recorrí de punta a punta, estaban desiertos. Probé una puerta, y la encontré cerrada con llave. Luego las fui probando todas, también sin éxito.

Me pareció que, afuera, se escuchaban disparos aislados de armas de fuego. Logré entrar en una habitación del segundo piso. Estaba vacía. Me encerré en el baño y me di una ducha, que no me calmó el mareo ni la angustia. En el dormitorio había un enorme ventanal que no pude abrir. Sentía que me faltaba el aire; otra vez la claustrofobia, exagerada ahora por la intensa calefacción.

Cuando comenzaba a desvestirme para acostarme y dormir, se abrió la puerta y entró una mujer: era la misma que había visto en la puerta, parecida a Ana. Pero de cerca no se le parecía tanto y me resultaba más bien desagradable. Me dedicó una sonrisa y comenzó a desvestirse, como en un espectáculo de strip-tease.

Mi claustrofobia aumentaba, y sentía algo odioso en esa mujer; la sentí de pronto como una versión negativa de Ana. Su desnudez, lejos de excitarme, me parecía ofensiva y ridícula. El mareo y la falta de aire se hicieron intolerables. En un estallido de angustia y de cólera, tomé una silla y la arrojé contra el ventanal, que se hizo añicos, y me llegó la música confusa y el vaho caliente de la calle. Respiré hondo, sin sentirme por ello mejor. La mujer había gritado, y ahora apretaba un timbre próximo a la cama. Me pareció cada vez más ridícula, medio desnuda y con unas caravanas demasiado grandes; ahora afectaba un ademán de pudor, cubriéndose los pechos con un brazo; en la mano sostenía una prenda de colores.

Volvió a gritar; salí de la pieza antes de que viniera alguien. Escuché pasos precipitados que subían la escalera, y pasé al tercer piso. Allí terminaba, al parecer, el edificio. No hallé más escaleras, ni un ascensor, que me permitieran seguir subiendo; sin embargo, yo había visto desde afuera que era un edificio alto. En el ambiente

flotaba un olor a desinfectante que me descomponía el estómago. Afuera, sonó un tiroteo más intenso.

Por el corredor avanzaba hacia mí un ser de túnica blanca, flotante, que la luz hacía aparecer como un fantasma. Al principio pensé que era una mujer; pero al acercarse vi que era un hombre, con la cara maquillada y los labios pintados. Se me aproximó y me agarró de los brazos, hablándome con voz melosa, afeminada, en un idioma extranjero. Trató de arrastrarme hacia una habitación; yo me sentía cada vez peor, y ahora la actitud y el perfume y los ojos pintados de este hombre me llevaban al borde del vómito. Le di un empujón y me alejé, pero él se lanzó en mi persecución y debí correr. Encontré de pronto una escalera, que era más estrecha que las anteriores y ubicada en el extremo opuesto. Subí al cuarto piso; la luz era distinta y escasa, y se hacía difícil distinguir las cosas. El hombre me alcanzó y lo golpeé con el puño, luego lo hice rodar escaleras abajo. Dio unos chillidos histéricos mientras caía envuelto en su túnica; luego no oí más nada.

Me introduje en la única habitación cuya puerta pude abrir. Un grupo de hombres, cuatro de ellos desnudos y un quinto encapuchado, azotaba a una mujer que tenía las muñecas y los tobillos unidos a la pared por cadenas metálicas. Los hombres tenían acentuados rasgos mongólicos. Intenté huir pero me dieron alcance en el corredor. Silenciosamente me llevaron de vuelta a la pieza y colocaron el látigo en mis manos. Me enfrentaron a la mujer, que sangraba y balanceaba su cabeza pesadamente sobre los hombros, y gemía. Me golpearon las costillas y descargué un latigazo sobre la mujer; les pareció demasiado suave y volvieron a golpearme. Tomé el látigo del revés, por donde terminaba la parte rígida, y comencé a dar golpes con el mango, en todas direcciones. El encapuchado exhibió un revólver, pero yo había conseguido alcanzar la puerta; hacia el final del corredor sentí que una bala me rozaba el brazo sin llegar a herirme.

Bajé al tercer piso; oí un rumor y pensé que me seguían buscando; en el segundo probé algunas puertas; una se abrió a un largo pasillo que llevó a otro sector del hotel, de apariencia aún más irreal, con tablones y andamios, como si estuviese en demolición o en construcción. Las puertas a ambos lados del pasillo estaban en su mayoría abiertas, y había un constante ir y venir entre las habitaciones.

Sentado a una puerta había un mendigo, las ropas deshechas, lleno de llagas, que se tiró a mis pies cuando pasé y trató de agarrarme una pierna. De otra pieza salió un hombre que se arrastraba, como en el fin de sus fuerzas, y se metió en la pieza de enfrente, donde parecía haber una fiesta: escuché música y risas, y alcancé a ver cuerpos que se movían en convulsiones.

Se hacía difícil caminar por esos tablones y más adelante había manos que trataban de agarrarme y me tironeaban de las ropas, desgarrándolas a veces, y caras horribles de mendigos o de prostitutas viejas, desdentadas. La náusea jugaba en la

boca del estómago y amenazaba con subir. El corredor se me hacía interminable, extenuado por el esfuerzo de liberarme de las manos, dedos duros y uñas puntiagudas que se me prendían, y un coro de voces que se lamentaban y me llamaban en distintos tonos, tratando de fingir dulzura, o amenazándome e insultándome.

Hacia el fin del corredor había una escalera de madera, muy endeble y temblequeante, remendada en algunos lugares con trapos anudados; me llevó penosamente al tercero y luego al cuarto piso de este sector. Escuché un tiroteo más nutrido. Una explosión cercana hizo vibrar las paredes de todo el edificio. Sonó una alarma en alguna parte, y las puertas se abrieron y vi salir todo tipo de gente, a medio vestir o desnuda, que corrían hacia una escalera, hacia el quinto piso; me arrastraron, aunque no se detenían ante mi presencia ni parecían reparar en mí; alcancé a ver que por la escalera de ascenso al cuarto piso aparecían los policías de túnicas blancas.

La gente siguió subiendo: yo apenas podía caminar, con gran dificultad. La luz roja del quinto piso tendía a hacerse violeta; me apoyé en una puerta que no estaba bien cerrada y caí dentro de una habitación; la luz era roja. Alguien pasó ante mí y cerró con llave. En el corredor sonaron disparos. Fuera, el tiroteo ya no cesaba y las explosiones se hacían más frecuentes.

Era una mujer muy gorda, quizá la mujer más gorda que haya visto en mi vida. Tenía la cara excesivamente pintada de colores tal vez verdosos. Estaba tan pintarrajeada y perfumada que llegué a pensar que pudiera tratarse de otro hombre. Me arrastró hacia la cama y me desvistió, sin que pudiera oponer resistencia. Luego se quitó un vestido que era como la carpa de un circo, dejando a la vista una masa de carne que la luz roja hacía más repugnante. La náusea me acariciaba ácidamente la garganta. Entonces sentí que el brazo me dolía y noté que realmente la bala me había resguñado; las sábanas tenían manchas de sangre cerca de mi brazo, pero casi no se veían con la luz roja.

Los enormes pechos gelatinosos me rodearon el cuerpo mientras la mujer trataba de excitarme frotándome el sexo con las manos. Cerré los ojos y apreté los dientes, tratando de contener el vómito. La mujer hablaba suavemente en italiano, elogiaba mi virilidad y me prometía mil delicias mientras se refregaba contra mí, asfixiándome con la carnosidad de los pechos y con ese perfume denso mezclado con olor a transpiración. Luego se tendió en la dirección opuesta y se puso mi sexo en la boca; y enseguida separó una pierna y la pasó por encima de mi cabeza y la apoyó junto a mi hombro derecho, y fue aproximando a mi cara su sexo velludo, de labios abultados y entreabiertos. Vomité sobre la almohada y después me incorporé a medias y seguí vomitando sobre la mujer y sobre las sábanas. Ella saltó a un rincón de la pieza y yo hice el tremendo esfuerzo de levantarme de la cama e intentar vestirme; oí que me insultaba y vi que trataba de volver a acercarse. La amenacé con un pesado cenicero de cristal de roca que había sobre la mesa de luz, y se refugió en el cuarto de baño.

Terminé de vestirme y abrí la puerta. El corredor estaba desierto. Sentía un gusto horrible en la boca y tenía sed. Comencé a bajar las escaleras, con una lentitud que me enloquecía. El tiroteo se oía adentro y afuera. En el cuarto piso volví a encontrarme con los hombres desnudos de rasgos mongólicos. No pude oponer resistencia. Me llevaron a la misma pieza, a través de un pasillo. Las explosiones se oían próximas y casi continuas. La luz de la pieza era ahora blanca, demasiado blanca, me quemaba los ojos. La mujer seguía encadenada a la pared, con la cabeza colgando flojamente, como muerta, bañada en sangre. Me ataron a una camilla, los brazos a los costados, las piernas.

Se pusieron en la cara unos pañuelos blancos atados a la nuca, como jugando a los cirujanos. Me abrieron la camisa y uno de los hombres desnudos le alcanzó un bisturí al encapuchado. Sentí que la hoja me trazaba un surco en la piel, y abrí los ojos y vi brotar mucha sangre, que a la luz blanca parecía negra, y vomité nuevamente, hacia un costado.

Una explosión sacudió el edificio, y cayeron varios trozos de revoque. Los torturadores no se inquietaron. Ahora algo me arañaba las piernas y los brazos y una cosa húmeda se apoyaba en mi vientre. El bisturí repitió un recorrido vertical en mi pecho, hundiéndose apenas un poco más. Acercaron a mi nariz un trapo húmedo, de olor penetrante, pero no era anestesia, no me hizo perder el sentido. Me clavaron agujas en brazos y piernas y en los costados del cuerpo. Luego otra explosión, y la luz se apagó; y otra explosión y cayó más revoque y se desprendieron algunos cascotes; y otra explosión y me pareció que todo se derrumbaba.

De los hechos siguientes sólo tengo la vaga memoria de algunas sensaciones, y visiones fugaces que no sé hasta qué punto corresponden a una realidad. Varias manos me aferraron brazos y piernas y fui levantado bruscamente, y así me transportaron; más tarde pasaron mis brazos por los hombros de quienes caminaban a mis costados, y me obligaban a caminar; mis pies arrastraban la mayor parte del tiempo, y a veces intentaban dar unos pasos, pero no podía mantener la misma velocidad de los que me llevaban, y tropezaba o me golpeaba los pies contra algo; era más fácil dejarme llevar.

Luego me arrojaron como a un objeto; apenas sentí el choque contra el suelo, algún lugar incómodo, con escombros o piedras de gran tamaño. Allí me abandonaron y quedé solo. No estaba exactamente dormido, pero tampoco despierto; no podía abrir los ojos, y es posible que a ratos cayera realmente en el sueño; me fue imposible moverme durante un tiempo. Luego hubo más explosiones, algunas muy próximas. Me levanté, con un tremendo esfuerzo, y eché a andar.

El camino se hizo largo y penoso; me caía, volvía a levantarme después de un tiempo y seguía andando hasta caer otra vez; si lograba abrir los ojos, veía sólo una oscuridad espesa, perforada de tanto en tanto por alguna luz intensa y que abarcaba un radio muy pequeño; mis ojos volvían a cerrarse, me agarraba de muros que pronto se terminaban y volvía a caer, mientras se repetían una y otra vez las explosiones, y las luces, y los lugares alfombrados de escombros y la oscuridad total.

Luego el frío se hizo más intenso, y abrí los ojos y me encontré caminando por un lugar donde flotaba una bruma espesa, que formaba halos en torno de algunos reflectores y transformaba su luz en algo amarillento y pobre que no permitía ver nada; las explosiones ya no se escuchaban y mis pies caminaban sobre pedregullo.

A pesar de tener los ojos abiertos me daba la sensación de estar dormido. Tenía el cuerpo insensible al frío y al dolor, sólo el aire al pasar por la nariz y la garganta me hacía percibir el frío; la piel parecía como aislada del sistema nervioso por una coraza elástica. El lugar brumoso me recordó aquella imagen de mi primer sueño en ese lugar, la sensación de estarme moviendo en una capa de materia oscura y densa.

También en esta oportunidad me llegó la orden de despertar; sentí la misma ansiedad que había sentido en el sueño, por encontrar una salida inmediata, y tuve el

recuerdo lejano de que la salida era hacia arriba. Pero aquello no era como agua, y seguí arrastrando los pies sobre el pedregullo, cayendo aún para volver a levantarme; y como en una borrachera muy fea, no llegaba a perder totalmente la conciencia, aunque el cuerpo y la mente me respondían mal. Era como si me hubiesen borrado la inteligencia.

Me golpeé contra algo que resultó ser un enorme portón de rejas de hierro, las que sin llegar a ver imaginé como antiguas y oxidadas, y lo empujé trabajosamente; del otro lado la niebla comenzaba a disiparse. Pronto pude ver que andaba por un amplio camino de pedregullo, a cuyos costados crecían matorrales; junto con la niebla exterior, parecía que las telarañas de mi mente comenzaban también a disiparse con gran lentitud.

Después anduve por calles y veredas angostas, y toqué paredes descascaradas, a las que los restos de niebla se pegaban y humedecían; luego, una callecita empedrada, iluminada por un solo farol, y más tarde toda una zona que comencé a reconocer como la periferia de la ciudad, próxima al puerto.

La niebla se había transformado en una débil neblina, y el cielo comenzaba a aclarar. Pasé por algunos cafetines cerrados, y por un bar que, después que hube pasado, hizo sonar su cortina metálica que se levantaba.

Llegué a una plaza y la reconocí. La luz eléctrica seguía iluminando débilmente los árboles, el monumento y las pequeñas rejas de hierro que la bordeaban. Me senté en un banco.

Aún no salía el sol pero el cielo estaba más claro. Eché la cabeza hacia atrás, pero no pude descansar. Pensé que mi casa estaba cerca. Tenía necesidad de acostarme. Noté que estaba vestido, con las ropas muy desgastadas y sucias. Tenía la camisa desprendida; antes de abrochar los botones, mis dedos recorrieron una larga y antigua cicatriz vertical en el pecho. En los bolsillos del saco estaban aún las hojas escritas a máquina; las toqué como a un objeto familiar y querido y me dieron cierta tranquilidad. Los zapatos estaban deshechos. Mis cabellos eran una masa que no pude desenredar.

Me puse de pie y comencé a caminar lentamente en dirección a mi apartamento. Las calles seguían desiertas. Era una hermosa madrugada; ahora no hacía frío; podía ser primavera.

A lo lejos sonó el tableteo de una ametralladora. Mucho más tarde, el aullido de la sirena de un coche policial. Al llegar al zaguán de mi apartamento, y casi cuando comenzaba a subir la escalera, el tiroteo se repitió más cercano.

El apartamento estaba en desorden. Fui derecho a la pieza del frente y me apoyé en el balcón. Ahora sí, asomaban débilmente algunos rayos de sol.

Estuve largo rato allí. Pasaron algunos ómnibus y dos o tres taxímetros. Se escuchaban aún disparos lejanos. Como hipnotizado, no podía moverme del balcón.

Después fui despertando del todo, saliendo de aquel estado de embotamiento, y mi cabeza comenzó a funcionar. El cielo estaba mucho más claro, ya había amanecido, aunque los edificios todavía tapaban el sol.

Pensé que Ana estaría vistiéndose para ir a la oficina, o probablemente tomando el desayuno. Pensé en llamarla por teléfono. Recordaba su número. Pero sentí que no hubiese podido decirle nada. Quizá, el número de su teléfono estaba mejor grabado en mi memoria que ella misma. Recordé que guardaba una foto suya en el cajón del escritorio; pero tampoco me moví para buscarla.

Fui hasta el cuarto de baño, que me pareció encontrarse muy lejos. El corredor de mi apartamento es demasiado largo; me hizo recordar los otros corredores por donde anduve tanto tiempo.

Me desnudé, y vi reflejada en el espejo la imagen de un ser que no se parecía mucho al recuerdo que tenía de mí mismo. La cicatriz era una delgada raya blanca, apenas visible. En la canilla del lavatorio no había agua, tampoco en la ducha.

Pasé al dormitorio. Mostraba un reguero de ropas, y los cajones estaban volcados sobre el piso. Durante mi ausencia habían revuelto todas las cosas. No tuve ganas de examinar nada; ahora me sentía invadido por verdadero sueño. Me acosté y me tapé con ropas húmedas. Me dormí.

Al despertar comprobé el mismo desorden en el resto de la casa. En alguna parte habría un caño roto, y el agua había humedecido las paredes y el piso de la cocina. Las marcas en las paredes indicaban que en algún momento la inundación había sido considerable. También había revoque caído en varios sitios, y se veía el ladrillo. De un canasto que estaba en el suelo, nacían varias guías verdes, probablemente boniatos que habían crecido con el agua; la enredadera trepaba por las patas de la mesa y de dos sillas.

En la cocina tampoco había agua, ni funcionaba la electricidad en toda la casa. Volví a la pieza del frente, sin haber podido lavarme la cara. Tenía los ojos irritados, y un cansancio general muy grande. A pesar de todo me senté al escritorio, a continuar mis apuntes, y de pronto, al escribir, pensé que no podía ser casual que en aquel lugar siempre hubiera tenido a mano papel y lápiz; que al hacer apuntes quizá estaba cumpliendo sin saberlo con la voluntad de quienes me habían llevado allí. Pero no tienen sentido, ya, estas cavilaciones. Nunca lo tuvieron.

En este momento me detengo. El cansancio que me abruma es más que físico; viene, tal vez, de muy lejos. Quiero pensar un instante en mi futuro, pero mi mano no deja de escribir. Quiero preguntarme por qué no me atrevo a llamar a Ana por teléfono, o a mis amigos. Por qué no me entusiasma la idea de volver a mi trabajo, a mis cosas cotidianas. Por qué esta ciudad, ahora que comienza nuevamente a anochecer, me resulta extraña y hostil. Mi memoria se obstina en volver una y otra vez a la aventura vivida en el lugar aquel.

Los túneles no explorados, las puertas no abiertas, el idioma no aprendido, los hombres con quienes no llegué a hacer amistad, las mujeres a quienes no llegué a amar ni conocer. Recuerdo a Mabel, y pienso que quizá realmente estuviera esperando un barco en aquella playa. Recuerdo a mi predecesor agonizante junto a sus lentes rotos, y mi impotencia. Pienso que por miedo pude haber matado al Francés de un balazo. Y que quizá Alicia realmente me amaba, y yo no llegué a verla. Y que por algún motivo el niño rubio alzaba a menudo sus brazos hacia mí.

Ahora que la ciudad, mi ciudad, me resulta ajena y aun repulsiva, pienso que estoy repitiéndome en mi actitud de aquel otro lugar. Que no lograré aproximarme realmente a ninguno de mis amigos, ni a Ana, ni a ninguna otra mujer; que sólo los

utilizaba para olvidar la soledad, para evadirme de este ser que me habita, que me odia, que me obliga a actuar en contra de mí mismo.

Sí, ahora veo que siempre me moví entre extraños, sin amarlos; y que yo mismo soy un extraño para mí. Tan ajeno como esta ciudad, como esta casa, como aquella otra ciudad y sus selvas y túneles. El extraño soy yo.

Mis manos siguen escribiendo y voy leyendo lo que escriben con rara fascinación. De pronto las veo como seres independientes, y siento un nudo en la garganta y ganas de dar un alarido.

La calle está raramente silenciosa. Apenas pasa algún coche de tanto en tanto. A lo lejos, algún disparo de arma de fuego, o un entrecortado tableteo de ametralladora.

No tengo sueño. Tengo sed. Tengo hambre. No tengo sueño pero quiero dormir. Quisiera dormir sin soñar, dormir mucho tiempo sin imágenes, liberar mi mente de todo pensamiento y mi cuerpo de toda sensación. Los interrogantes se siguen sucediendo, mis manos siguen escribiendo, pero no surge ninguna respuesta.

Fin



MARIO LEVRERO. Escritor, librero, fotógrafo, humorista, director de revistas de ingenio y de talleres literarios. Jorge Mario Varlotta Levrero publicó en 1970 su primera novela, *La ciudad*. No quiso firmarla con su nombre habitual: «Sabía que había algo ahí que me era ajeno, que Jorge Varlotta no podía escribir eso... Mi segundo nombre y mi segundo apellido fueron una solución perfecta». Sus dos novelas siguientes (*El lugar*, 1982; *París*, 1980), completan la llamada «Trilogía involuntaria», intensa aventura kafkiana nacida de su lado más inconsciente y nocturno. A mediados de los ochenta, instalado en Buenos Aires y atado a un trabajo rutinario que le permitía vivir con comodidad pero le impedía crear, confiesa su vergonzoso abandono de toda pretensión espiritual en «Diario de un canalla», anticipo de la técnica que usaría en *El discurso vacío* (1994) y *La novela luminosa* (2005), minuciosos y magistrales registros autobiográficos de su posterior experiencia en Colonia y Montevideo. Escritor de culto durante muchos años, sólo después de su muerte fue reconocido como uno de los grandes autores latinoamericanos. *Caza de conejos*, escrita en 1973, representa un salto liberador en la obra de Levrero: incorpora el humor que el autor prodigaba (protegido por varios seudónimos) en revistas satíricas de la época y borra los límites de sus fronteras creativas.